Monardes y el exotismo medico en el siglo XVI / por Carlos Pereyra.

Contributors

Pereyra, Carlos, 1871-1942.

Publication/Creation

Madrid: Biblioteca Pax, 1936.

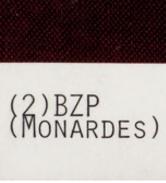
Persistent URL

https://wellcomecollection.org/works/b6p8uvht

License and attribution

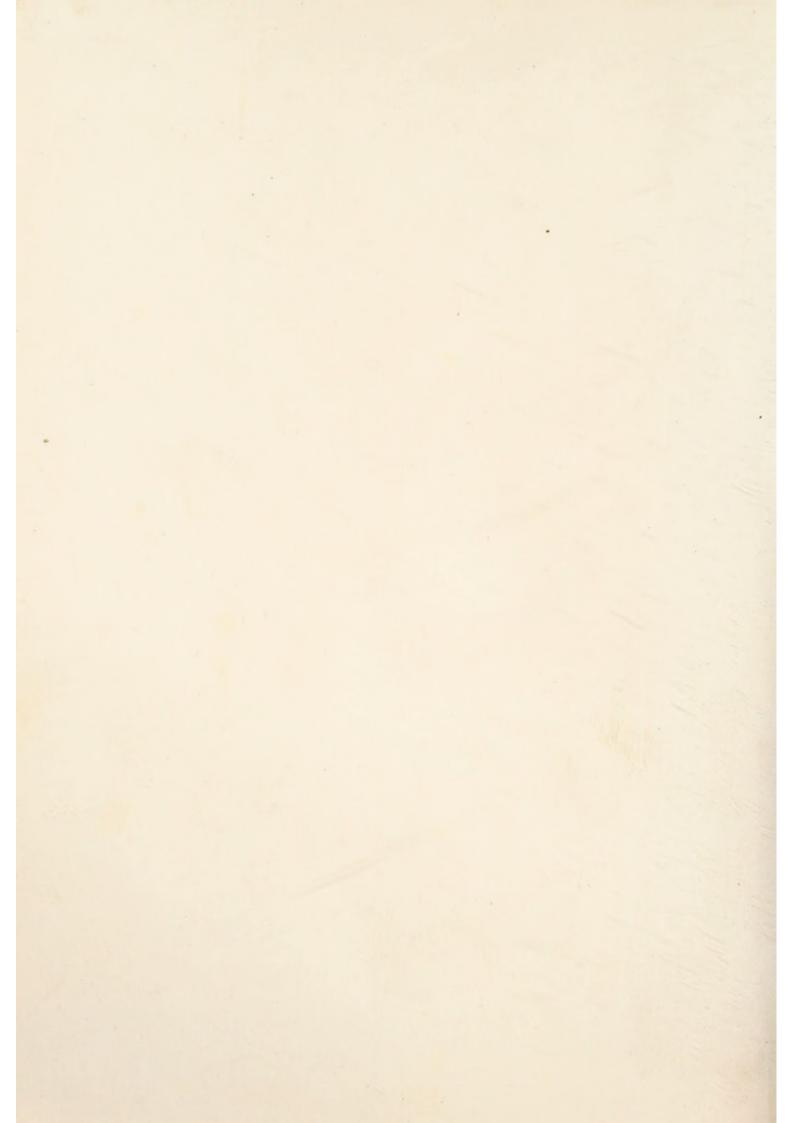
Conditions of use: it is possible this item is protected by copyright and/or related rights. You are free to use this item in any way that is permitted by the copyright and related rights legislation that applies to your use. For other uses you need to obtain permission from the rights-holder(s).







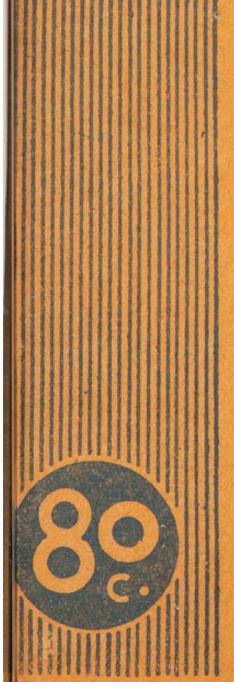
Digitized by the Internet Archive in 2017 with funding from Wellcome Library



Eblioteca



rista popular ultura religiara Lispanica...



NÚMERO 8

Monardes y el exotismo médico en el siglo XVI

POR

CARLOS PEREYRA



Número próximo:

Estudios sociales sobre problemas candentes

por

Severino Aznar,

de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

El mejor elogio de este libro está en el nombre de su autor y en la apasionante actualidad de su contenido:

Libertad sindical.—Catolicismo y socialismo.—La propiedad y su uso.—Caracteres del trabajo.—El contrato de salario y el de sociedad.—El subsidio familiar.—El desorden económico y social.—En defensa de los Sindicatos.

BIBLIOTECA "PAX"

REVISTA POPULAR DE CULTURA RELIGIOSA E HISPANICA Bajo la dirección del

R. P. don Rafael Alcocer, monje benedictino

Año II

15 enero 1936

Núm. 8

Serie II.—Sección I

WOWARDES Y EL EXOTISMO MEDICO EN EL SIGLO XVI

POR

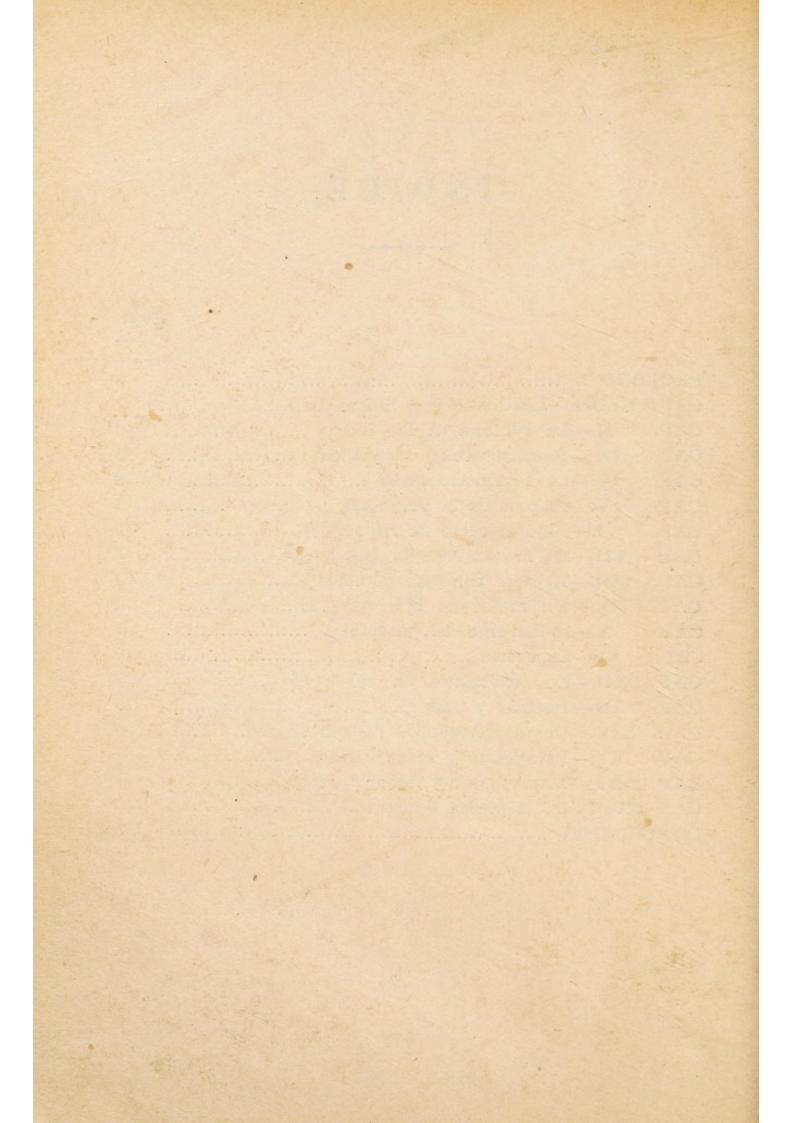
CARLOS PEREYRA

Con censura eclesiástica

(2) BZP (Monardes)

INDICE

	Págs.
PROLOGO	5
CAPITULO I.—Los libros y el Museo	7
CAP. II.—La ventana de las Indias	13
CAP. III.—Reconstrucción biográfica	25
CAP. IV.—La Pharmacodilosis	33
CAP. V.—El país de la verdolaga milagrosa	41
CAP. VI.—Bajo el cetro de Hipócrates	45
CAP. VIIEl Monasterio de Guadalupe	53
CAP. VIII.—El fiero combate humoral	61
CAP. IX.—Un indice de materias	71
CAP. X.—Indianismo de jardineria	73
CAP. XI.—Especería	77
CAP. XII.—Los exotismos de curiosidad	79
CAP. XIII.—Resinas y bálsamos	85
CAP. XIV Domus purgantur lustranturque	95
CAP. XV.—Palo santo y zarzaparrilla	101
CAP. XVI.—Maravillas del reino mineral	107
CAP. XVII.—De la piedra bezoar	115
CONCLUSION	125



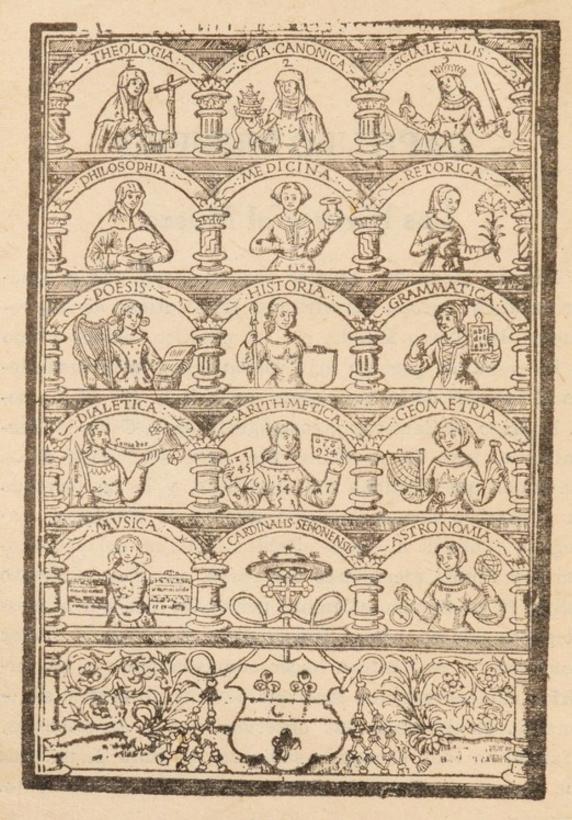
Cuando acabaron las conquistas americanas empezaron a manifestarse sus resultados en el capítulo de otras conquistas que el anhelo del hombre prosigue a través de las edades, contra el dolor, la vejez y la muerte. El mundo de los conocimientos se dilató extraordinariamente, y en el ocaso magnífico de una epopeya nacional, España captó las miradas de los hombres cultos. Los muelles de la Torre del Oro, en el emporio de Sevilla, donde se acumulaban los metales preciosos, tenían parte no pequeña para los productos de una flora fantástica y para ejemplares de una fauna sorprendente. En ese sitio, destinado a la curiosidad científica, y no sólo a los afanes mercantiles, formó su fama Nicolás Monardes, Propagada por la imprenta, influyó notablemente sobre todas las naciones del Viejo Mundo, llevándole un exotismo médico, expresión de nuevas orientaciones y de una nueva sensibilidad.

CAPITULO PRIMERO

Los libros y el Museo

Nicolás Monardes, médico sevillano, que dió a conocer en toda Europa las virtudes terapéuticas de los vegetales del Nuevo Mundo, era un práctico insigne y uno de los hombres que con más vehemencia sentía desde lejos el encanto de la naturaleza americana. No estaba solo. Rodrigo de Zamorano, cosmógrafo de la Casa de Contratación, tuvo fama igualmente como aficionado a los exotismos que llegaban del Occidente, y había formado un primoroso museo. Gonzalo Argote de Molina se entregaba también a los deleitables trabajos del coleccionismo y reunió ejemplares tan raros, que cuando estuvo Felipe II en Sevilla, examinó personalmente los objetos allegados por el curioso genealogista (1). Pero el doctor Monardes no se limitó a hacer adquisiciones y a conservarlas cuidadosamente, sino que además observó y experimentó. Registrando sus observaciones y experiencias, difundió en todo el mundo sabio un conjunto de noticias que fueron el origen de nuevos ramos del conocimiento.

^{(1) &}quot;...y hizo en su casa de calle de Francos... un famoso museo, juntando raros y peregrinos libros de historias impresas y de mano, lucidos y extraordinarios caballos, de linda raza y vario pelo, y una gran copia de armas antiguas y modernas, que entre diferentes cabezas de animales y famosas pinturas de fábulas, y retratos de insignes hombres, de mano de Alonso Sánchez Coello, hacían maravillosa correspondencia, de tal suerte, que obligaron a Su Majestad, hallándose en Sevilla, año 1570, a venir en un coche, disfrazado, a honrar tan celebrado camarín." Pacheco: "Libro de descripción de verdaderos retratos".



Personificación de las ciencias y artes, y entre ellas la medicina. (De un libro del siglo XV.)

Los visitantes del Departamento de Ultramar y de Raros de la Biblioteca Nacional de Madrid, podrán ver un libro, con forro de pergamino, pequeño por el volumen, pero enorme por el contenido de datos que atesora y de emociones que despierta.

Ese libro se llama así:

Primera y segunda y tercera partes de la Historia medicinal de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina. Trata de la piedra Bezaar, y de la yerva escuerçonera. Diálogo de las grandezas del Hierro, y de sus virtudes medicinales. Tratado de la nieve y del bever frío. Hechos por el Doctor Monardes, Médico de Sevilla. Van en esta impresión la Tercera Parte y el Diálogo del Hierro, nuevamente hechos, que no han sido impresos hasta agora. Do ay cosas grandes y dignas de saber. Con licencia y Privilegio de Su Magestad. En casa de Alonso Escrivano. 1574.

La primera parte de este libro se había publicado en 1565, y en 1569 se hizo nueva edición. La segunda parte fué impresa en 1571. Era de notar el título de esta edición, que decía:

Do se trata del tabaco y de la sassafrás y del carlo sancto y de otras muchas yervas y plantas, simientes y licores, que agora nuevamente han venido de aquellas partes, de grandes virtudes y maravillosos efectos.

Los tres tratados, que se publicaron en 1574, como queda dicho, se reimprimieron en 1580. El Departamento de Raros de la Biblioteca Nacional de Madrid, posee ejemplares de las ediciones de 1565, 1569, 1574 y 1580.

La obra de Monardes corría por Europa, en latín y

en italiano, en inglés y en francés. Unos traducían integramente los tratados, y otros hacían epítomes, como los del célebre Charles de l'Escluse (Clusio).

Las ediciones registradas de un modo auténtico son:

Tratatto de la neve et del Bere fresco, racc, dal tratt. del Monardo et ridotto in lingua Toscana per Gio. Bat. Scarampo. Fior., Sermantelli, 1574.

Herba tabaco d'India. Gen. 1578.

Delle cose que vengono portate dall'Indie occidentali pertinenti all' uso della medicina. Nuovamente recata dalla spagnola della nostra lingua italiana (da Ann. Briganti). Ven., Zèletti, 1582. Otra edición: 1589.

Dell' historia de i semplici aromate et altre cose que vengono portate dall' Indie occidentali pertinenti all uso della medicina. Ven. 1616. De simplicibus medicamentis ex Occidentali India delatis, quorum in medicina usus est, auct. D. Nic. Monardis Hispalensi medico, interpr. Car. Clusio Atrebate. Antw. ex offic. Chph. Plantini. 1574. Otra edición de 1579. Y otra de 1582, con las nuevas materias añadidas por Monardes en la edición sevillana de 1580.

La obra se reproduce abreviada por el mismo Clusio en García ab Horto Aromatum hist. 1593. También figura en Clusii exotica. 1605. Joyfull newes out of the newe worlde wherein is declared the vertues of hearbes, trees, oyles, plantes and stones, engl. by John Frampton, merchant. London 1577. Otra edición: 1580. Y otra: 1596.

Instruction sur l'herbe Petum, ditte en France de la royne ou Medicee et sur la racine Mechioacan (trad. nol de Mon. p. Jacq. Goho-ry). Paris Galiot du Pré. 1572.

Histoire des simples médicaments apportés de l'Amérique, desquels on se sert en la médecine. Escrit premièrement en espagol par M. Nic. Monard, médecin de Seville. Du despuis mise en latin et illustrée de plusieures annotations par Ch. de l'Escluse d'Arras. Et nouvellement traduicte en français p. Ant. Colin. Ed. sec. augm. Lyon, Pillehotte 1619. La edición anterior es de 1602. Este libro va generalmente unido al Traicté des drogues et médicamens qui naissent aux Indes par. Chr. Acosta, trad. par Colin. Lyon 1619.

No sólo se traducía, abreviaba y comentaba la obra de Monardes, sino que había quien la continuaba con apasionante interés. El autor había dado a Europa algo más que noticias. Comunicábale una nueva curiosidad interpretativa de la naturaleza de aquel Nuevo Mundo, que empezó a ser más sistemáticamente conocido por las descripciones botánicas del gran cronista Gonzalo Fernández de Oviedo.

Nunca visitó Monardes los países del hemisferio occidental. O no pudo hacerlo, o lo que más probablemente sucedió, dado su punto de vista especial de médico, estimó que en aquellos primeros días de la investigación empírica americana, sería más conveniente concentrar datos utilizables que hacer un viaje para acumular noticias inconexas. Su orientación era la del práctico, no la del botánico que inspiró la grandiosa empresa de Francisco Hernández.

El médico sevillano acudía al desembarcadero de la Torre del Oro cada vez que llegaba una expedición de las Indias, para recoger alguna consignación de las que le enviaban sus amigos y corresponsales de Veracruz, de

Santo Domingo, de la Tierra Firme o del Perú. En la puerta del Arenal se encontraban Monardes y sus émulos, pues no eran pocos los que, como él, visitaban el puerto de las Muelas, con la esperanza de recibir plantas, semillas, raíces o minerales que por encargo especial o espontáneamente traían los maestres, pilotos, marineros, pajes, oficiales, soldados, mercaderes y eclesiásticos. Los envíos hechos a Monardes tuvieron en ocasiones una regularidad que les daba cierta semejanza con las remesas destinadas a la Casa de Contratación.

CAPITULO II

La ventana de las Indias

Las sorpresas de las novedades poblaban de rumores aquella ciudad inquieta y ávida de noticias. Mucho había aprendido Sevilla; mucho había visto antes de que Monardes fuera médico; mucho vió después. "El alcázar estaba lleno de raros árboles y plantas, cuyas semillas, traídas del Nuevo Continente, por expreso mandato de don Felipe II, presto arraigaron en esta tierra, siendo copiados por el pincel de Juan de Campaña, hijo del insigne pintor bruxelense Pedro de Kampeneer. Todas estas grandezas las ha borrado el tiempo, y en gran parte la mano del hombre, más perjudicial a veces que el transcurso de los siglos" (1).

Pero entonces no sólo se procuraba aclimatar las plantas de América, sino que médicos y profanos abrían discusión acerca de las excelencias o daños que los disputantes les atribuían. El tabaco empezó por ser una adquisición ornamental para la jardinería sevillana, aun cuando muchos de los que se entregaban a su cultivo lo hacían por atribuírsele virtudes curativas, cuya fama tuvo una inmensa propagación. Finalmente, cayó de su trono, aunque no para ser menos solicitado, sino para figurar como uno de los venenos más productivos en el trato intercontinental. Veneno del alma, tanto como del cuerpo. Leiva y Aguilar escribiría, andando el tiempo, un

⁽¹⁾ Gestoso y Pérez: "Sevilla monumental", t. I, pag. 403.

Desengaño contra el mal uso del tabaco, en el que se diría que "desde el estudiante al soldado, del religioso al secular, del plebeyo al noble, apenas había quien no lo hubiese probado y usado los más." Alarmada la Iglesia creyó necesario intervenir, pretendiendo moderar la insolencia de la droga indiana, ya que no era posible impedir la invasión. Aun en América se tomaban medidas de una inflexible rigidez. El Concilio de Lima declaró que cometía pecado mortal el presbítero si antes de celebrar usaba tabaco en polvo o en cigarro. El cardenal don Gaspar de Borja, arzobispo de Sevilla, prohibió, bajo pena de excomunión, latae sententiae, que los sacerdotes tomasen tabaco una hora antes o una hora después del sacrificio de la misa. El papa Urbano VII expidió un breve, el 30 de enero de 1642, a solicitud del cabildo de la propia catedral de Sevilla, contra el uso del tabaco en las iglesias del Arzobispado. La disposición prevenía que esto debería entenderse, no sólo respecto del interior de los templos, sino de los atrios y ámbitos, ya se consumiese el tabaco en polvo, mascado o en humo. Tales son los términos con que habla de esto un curioso Tratado del tabaco y chocolate, escrito por Tomás Hurtado, quien añade en su título: Ayuno eclesiástico y natural; si éste le quebranta el chocolate y el tabaco al natural para la Sagrada Comunión. El tema era muy discutido. Antonio de León Pinelo publicó en 1636 una disertación llamada: Questión moral. Si el chocolate quebranta el ayuno eclesiástico. Trátase de otras bebidas y confecciones que se usan en varias provincias. Entre las más curiosas Noticias de Matute y Gaviria, figura la del breve pontificio mencionado, que "se publicó entre los dos coros de Nuestra Santa Iglesia, el domingo 27 de julio de 1642."

En un siglo el tabaco es planta ornamental, simple usado para la medicina, pecado que sanciona la Iglesia, y artículo de comercio. Retorna después a lo que fué ha-

ce cuatrocientos años. Leo en una revista norteamericana estos singularísimos datos: "El tabaco, administrado como alimento a los pollitos, los convierte en formidables gallos, según las observaciones del Pennsylvania State College. El mismo régimen aplicado a gallos y gallinas les comunica salud y robustez. Los dueños de estos animales no tienen ya para qué preocuparse por las infecciones parasitarias que aquejan a las aves de corral cuando se alimentan con desperdicios o con lo que da la tierra. La razón del rápido crecimiento de los pollitos no aparece claramente, y no puede atribuirse de un modo terminante a la nicotina. Si esta es la causa, los efectos son nuevos. Acaso la nicotina obra como veneno de ese gusanillo redondo, parásito de las gallináceas, tan temido de los granjeros. A los pollos les pasa con el tabaco, lo que a los muchachos con el primer cigarrillo. Empiezan por sentirse mal, y acaban haciéndose tolerantes. Por lo demás, no hay paralelismo entre el humo que absorben los hombres y el alimento tabáquico de los pollos. La nicotina obra como estimulante en los primeros, y los segundos se nutren sin que el organismo resienta daño alguno. Puede asegurarse que la carne y los huevos no saben a tabaco".

Estamos en los encantadores dominios del empirismo. A semejanza del tabaco, muchos simples habían empezado por ser honrosamente incluídos entre los recursos terapéuticos y por verse dotados de virtudes maravillosas que más o menos gratuitamente se les atribuían. Es indudable que sin la ilusión con que los aficionados al estudio, y el público también, recibían en las barbacanas del Guadalquivir las noticias que transmitían los recién llegados acerca de las plantas medicinales, el empeño experimental habría sido bien lánguido

Aquellas primeras impresiones tienen a veces encan-

to de poema. ¿Olvidaremos, para no citar sino un ejemplo entre mil, las palabras con que Monardes comunica sus primeros datos y sus primeras indicaciones sobre el liquidámbar?

"De Nueva España—dice—traen una resina que llamanos Liquidámbar, y uno como Azeite, que llamamos azeite de liquidámbar, que quiere decir cosa odoratíssima y preciosa, como ámbar o aceite della, entrambas cosas de harto suave y gracioso olor... El liquidámbar es rezina sacada por incisión de unos árboles de mucha grandeza, muy hermosos, acopados de muchas hojas, los quales son como Yedra. Llámanlo los indios ocoçol. Lleva la corteza gruesa, cenizienta; herida esta corteza, o concavada, echa de sí el liquidámbar espesso, y assí lo cogen, y porque la corteza tiene un olor muy suave, la quebrantan y la mezclan con la resina, y ansí tiere quanto se quema con ella mejor olor, tanto que doquiera que ay estos árboles, ay un suavissimo olor por todo el campo. Quando los Españoles la primera vez aportaron aquella parte do los ay, y sintieron tanto olor, pensaron que avía allí especería, y que eran árboles della.

"Tráese mucha quantidad de liquidámbar a España, tanto, que traen muchas pipas y barriles dello, por vía de mercadería, porque acá se aprovechan dello, para sahumar, y en cosas de olores, gastándolo en lugar de estoraque, porque su humo y olor paresce ser dello, y assimismo lo echan en otras confectiones olorosas, como pastillas, pevetes, y cosas semejantes. Echa de sí tanto olor, sin que se queme, que doquiera que está, no se puede esconder, porque penetra muchas casas y calles su olor, quando es en cantidad.

"Sirve mucho en medicina, y haze en ella grandes etectos, porque calienta, conforta, resuelve e mitiga dolor".

Para la inteligencia cabal de esta deliciosa y fragan-

te página de americanismo, bastará dar una breve explicación del afán con que los españoles buscaban en el Nuevo Mundo la canela, el clavo, la pimienta, la nuez moscada, la almástiga, el jengibre, el almizcle, la algalia, el estoraque, el benjuí, la casia, la mirra, el incienso, el sándalo, el lináloe, el alcanfor, el ámbar y otras materias preciosas que formaban los valiosos grupos de la especería, gomas, resinas aromáticas, plantas medicinales y productos aplicables a la industria. Mientras duró la creencia de que el Mundo Americano era un extremo del Asia, los españoles recorrieron mares y tierras, movidos por la pasión de las riquezas del reino vegetal, que con la de las perlas y esmeraldas, diamantes, rubíes y oro, se buscaba en los países nuevamente descubiertos y apenas explorados. Después, cuando pudo determinarse en las nociones geográficas la existencia de un mundo distinto del asiático, y separado de él por la sorprendente extensión del Océano Pacífico, la fantasía siguió sumisa la obsesión de los esplendores orientales. De allí que en cada uno de los árboles, plantas, flores, gomas y resinas de América, creyese encontrar aquellos tesoros que llevaban las flotas portuguesas a los muelles de Lisboa.

Nada tiene, pues, de extraño que Monardes, al transmitir las relaciones que se le hacían del país en que nace el liquidámbar, anotara con tanto cuidado que los españoles pensaron haber descubierto alguno de los paraísos de la especería. Dieron, así, al liquidámbar tres nombres que indican aquella ilusión, pues se le conoce como bálsamo de copalma, estoraque y malipenda.

El de estoraque viene de una grande analogía con la goma aromática del Oriente, y el de copalma por derivación de copalina y copal, aztequismo que se abrió paso en todos los idiomas de Europa, y que como dice Clavijero, "es genérico y común a todas las resinas, si bien se aplica más generalmente a las que dan incienso". El escritor mejicano cuenta diez especies de árboles productores de esta clase de resina, pero hay uno solo, el copal, llamado así por antonomasia, del que mana una goma blanca y transparente, conocida en Europa a causa de sus aplicaciones médicas e industriales.

Tanto se hablaba del copal, que Lope de Vega, sensible a todas las bellezas del Nuevo Mundo, preguntaba si éste

> ¿Es donde pescan coral Que lo verde en rojo muda? ¿O la perla alba oriental? ¿O dónde hay árbol que suda Bálsamo, ánime y copal?

Las resinas americanas afianzaban una de las dominaciones mercantiles más extensas y duraderas. No es de sorprender que el poeta oyese el rumor de aquel tráfico. Vagando por las calles y plazas de Sevilla, aprendió secretos del Nuevo Mundo. Muchos de ellos pasaban a los mentideros de Madrid. ¿Pero por qué no suponerle, parcialmente cuando menos, sometido a la seducción de Monardes? Sábese que Lope de Vega todo lo leía, y sábese asimismo que todo lo aprovechaba, asimilándoselo con aquella su genial avidez, abierta a las más disímiles impresiones.

Imaginémosle, pues, siguiendo el texto de Monardes para componer la fantasía del barco que amarrado durante la noche de San Juan a la entrada de una de las huertas ribereñas del Guadalquivir, fué arrebatado hasta las tierras antárticas, y amaneció de nuevo en Sevilla, con follajes exóticos que el arráez creyó haber cortado en una vega andaluza, pero que provenían de la imaginaria visita. Lope de Vega describe así esa aventura:

Estaba por la tarde con su dueño,
A la orilla del agua el barco atado,
Cuando algunos indianos, viendo el leño
De mil árboles indios enramado
—Bejucos de guaquimos,
Camaironas de arroba los racimos,
Aguacate, magüelles, achiotes,
Quitayas, guanas, tunas y zapotes—,
Preguntaban de dónde había traído
Arboles que en la India habían nacido,
Tan frescos a Sevilla.

Que los cortó de la primera huerta
Que cerca de la orilla
Del Betis claro a media milla estaba,
Dejando los marchitos que llevaba,
Sin ver la gente o descubrir la puerta;
De donde se entendió por cosa cierta,
Y porque declaró que había tenido
Un sueño que le tuvo en tanto olvido
Que aun despertando le turbó la vista,
Que fué y vino la noche del Bautista,
Pues no hay otra razón que se presuma,
Desde Sevilla al reino de Tucuma

Tucuma no es una alteración caprichosa de Tucumán, fabricada por exigencias de la rima, pues según Morla Vicuña en su Estudio histórico de la Patagonia, Tucuma viene a confundirse con el fértil valle de San Juan de la Frontera. Lope de Vega no se tomó otra licencia poética que la de llamar noblemente reino a un rinconcillo de la región de Cuyo. No es de lo más exacta, por otra parte, esa miscelánea botánica. Pero la libertad que se permite Lope de Vega es nada si la comparamos con la de la Duquesa de Clermont—Tonnerre—escritora del siglo XX, que en una biografía de su compatriota el poeta Robert de Montesquiou, hablando del argentino afrancesado Gabriel Iturri, compañero inseparable de Montesquiou, tra-

za este cuadrito convencional de la tierra tucumana, patria de Iturri: "Tucumán—escribe la Duquesa—ciudad en el corazón de la América del Sur, en esa región donde los hombres, para distraerse, cazan loros, entre bosques de naranjos, cuyos frutos sirven de alimento a esos pájaros, y después los asan sobre un tapiz de plumas multicolores, arrancando lianas de orquídeas que se les enredan entre las botas".

Ir a las Indias y volver en una noche, era privilegio que en la apariencia simbólica de un barco de hechiceros realizaba el deleitoso libro de Monardes, para ver y traer, como dice el autor, "cosa que jamás en estas partes, ni en otras del mundo han sido vistas, ni hasta hoy sabidas, y otras que si las tenemos en estas partes, exceden en la mucha abundancia que de ellas nos traen".

¿Se referirá a la plata, el oro, las perlas, esmeraldas y turquesas, o a los monos, grifos, leones, gerifaltes, neblíes, azores y tigres, o a la grana, el azul, el algodón, los cueros, los azúcares, el brasil, el estaño y el cobre? No.

"Allende de estas riquezas tan grandes, nos envían nuestras Indias Occidentales muchos árboles, fructos, simientes, licores, piedras, que tienen grandes virtudes medicinales, en las quales se han hallado, y hallan muy grandes efectos, que exceden mucho en valor y precio a todo lo sussodicho, tanto quanto es más excellente y necesaria la salud corporal que los bienes temporales: de las quales cosas todo el mundo carecía, no sin pequeña falta nuestra, según los grandes provechos que vemos que del uso dellas se consiguen, no sólo en nuestra España, pero en todo el mundo."

Ya no un barco de quimera: cien barcos de realidad que anualmente llegaban a los muelles de Sevilla, ponían en las manos activas de Nicolás Monardes los tesoros indianos. Ese puerto y escala del Mundo Occidental, donde se tenía "mejor relación y mayor experiencia" de las cosas trasatlánticas, fué la escuela en que cursó Monardes más de cuarenta años, "experimentando en muchas y diversas personas, con toda la diligencia y miramiento posible, y con felicíssimos sucesos", los simples que le llevaban cuidadosamente de las Indias.

Para comprender lo que se esperaba del prodigio indiano, conviene que leamos el prólogo puesto por el editor a la obra de Monardes. En este caso el editor—o impresor, como se llamaba entonces—lleva la voz del público. Fernando Díaz es un lector que escribe ingenuamente lo que la obra le sugiere.

El impresor al benévolo lector:

"Aunque las obras del doctor Monardes tienen poca necesidad de recomendación, porque la grandeza y curiosidad dellas las manifiesta y divulga en varias lenguas por diversos reinos y provincias, me ha parecido representar al curioso leetor lo que siento dellas...

"Sólo el Dr. Monardes nos ha alumbrado y amostrado con su claro juyzio y curiosa doctrina la esencia de
tantas y tan varias cosas como nos han dado nuestras
Indias Occidentales, inquiriendo con su mucho cuidado
sus virtudes y maravillosos efectos, descubriendo los
grandes secretos que por tantos siglos estaban escondidos, que ha sido medio y camino para que muchos tengan salud y se hayan librado de varias y diversas enfermedades.

"Ha sido al mundo tan acepto este su trabajo, y han entendido de tal manera la grandeza de sus obras, que todas las naciones de Europa, cada una dellas han convertido a su propia lengua estas tus obras. Porque Charolo Clussio, varón muy docto, el que convirtió de lengua portuguesa en latín los Aromatos de la India, las ha con-

vertido en lengua latina en Flandes, elegantemente, con muy doctos epítomes sobre ellas. En Flandes las han convertido en su lengua. En Venecia la señoría estipendió, publicólas, hizo convertir en lengua italiana y imprimir. Los franceses las han convertido en su lengua, impresas alegantemente. Lo mismo han hecho en Inglaterra, lo cual muestra evidentemente el mucho provecho y utilidad que dellas consiguen."

Viene también un "Elogio hecho por el ilustre Sr. Gonçalo Catieco de Molina al retrato del autor que se ve en su Museo." Este Gonçalo Catieco de Molina es el propio Gonzalo Argote de Molina. El Elogio no carece de interés, y en él se presenta a Monardes, ante todo, como benefactor de la humanidad y triunfador de la muerte.

Las dos últimas estancias son lo más aceptable del poema y lo que mejor traduce la admiración de los contemporáneos:

Todo el mundo se espanta, Guadalquivir ufano, De tus nuevas frescuras y arboledas, Ni tanto ya se canta Aquel rico verano De Atlante y las doradas Alamedas De las sombrías veredas De Eridano sagrado La copia el fértil cuerno, Con nuevo olor eterno Por tu verde ribera derramado, Y de otro Nuevo Mundo Se siembra Plantas de frescor jocundo. Texe la oliva fresca. Con la Casia olorosa Y el cierto Cinamomo peregrino Y en el medio parezca La colorada rosa Y el cándido azahar de olor divino.

Con un lazo benino
Del precioso Tabaco,
De color de Esmeralda,
Y sea tu guirnalda
Más linda que de Apolo ni de Baco.
Tal corona conviene
A quien tan glorioso hijo tiene.

Sevilla no ha olvidado a Monardes. Por lo menos hay una calle que recuerda su nombre. También le conoce el mundo sabio. Sus obras son rarezas de bibliómanos. Pero ni la supervivencia local ni la esotérica son bastantes para honrar la memoria del hombre que durante medio siglo se consagró a una labor grande, útil y bella, merecedora, no sólo de encomio, sino de estudio y difusión en todos los países de habla española.



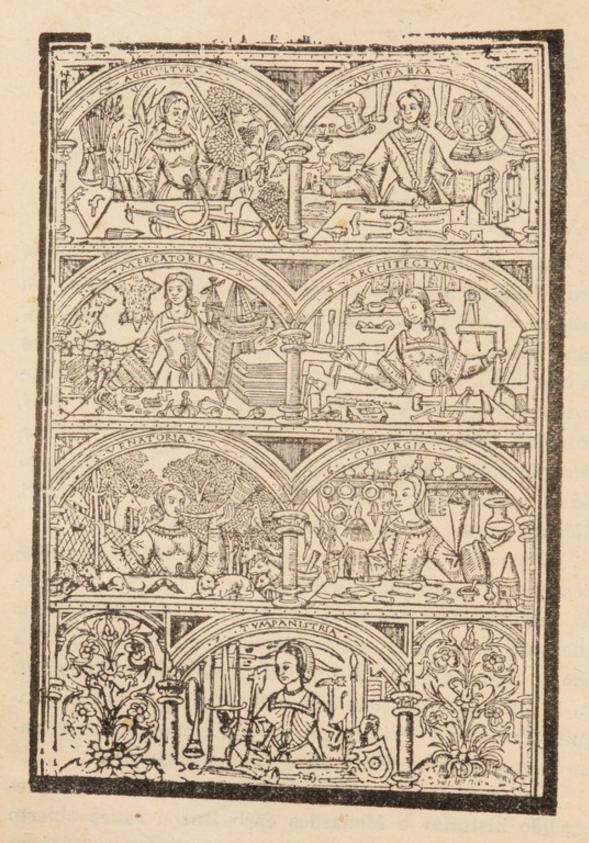
CAPITULO III

Reconstrucción biográfica

Monardes llegó al siglo XX envuelto en una fábula local. Nada se sabía de su verdadera existencia, salvo las noticias que él mismo dejó impresas. Prudentemente, Nicolás Antonio resumía lo cierto de la vida de Monardes en tres líneas de su Hispana Nova, sive Hispanorum Scriptorum: "Nicolaus Monardes, hispalensis, doctor medicus, Compluti hanc artem didicit, Hispali apud suos exercuit, celebrior adhuc his scriptis." Nació en Sevilla y allí ejerció la medicina después de haberse doctorado en Alcalá. Alcanzó gran celebridad por sus escritos.

El primero que encontró algunos documentos auténticos fué el doctor don Javier Lasso de la Vega y Cortezo, autor de una Memoria premiada en Sevilla, trabajo que vale sobre todo por su importancia científica. Don Emilio Serrano y Sellés también escribió sobre Monardes en la última década del siglo XIX. Pero ni él, ni don Joaquín Olmedilla y Puig, autor de una monografía, adelantaron en el conocimiento de los datos biográficos.

Los errores aceptados por todos los que habían pretendido historiar a Monardes encontraron cauce abierto hasta que don Francisco Rodríguez Marín los rectificó en algunas páginas de su penetrante estudio acerca de Barahona de Soto. Pero todavía allí quedaba alguna confusión, aclarada por el propio Rodríguez Marín en una conferencia que ha permanecido largos años inédita. Esta



Representación de la cirugía entre otras "artes". (De u libro impreso en el siglo XV

monografía tiene como fundamento una copiosa serie de papeles notariales o de archivo, que Rodríguez Marín dió al Boletín de la Academia de la Lengua y que en 1923 reunió titulándolos "Nuevos datos para las biografías de cien escritores de los siglos XVI y XVII".

Las investigaciones hechas por don Francisco Rodríguez Marín tienen valor positivo para la historia de la ciencia en España, y no son materia de simple curiosidad para ociosos. Gracias a ellas podemos seguir la tradición que liga a Monardes con los grandes médicos de la Edad Media.

El autor de la Historia medicinal era hijo de Nicolaso de Monardis, ginovés, librero, vecino de Sevilla, en la collación de Santa María. Pero por su madre Ana de Alfaro, descendía de Diego Núñez de Alfaro, "ome fijodalgo de padre e de agüelo, de quinientos sueldos, segund fuero de Castilla", y declaración que hizo la corte del Rey don Pedro. Este hecho nos interesa por haberse probado a petición del "Maestre Martín de Alfaro, bachiller, médico cirujano, fijo de Beatriz de Alfaro e de Maestre Pedro de los Anillos, que fué físico de la Reina Doña Juana e después del Duque Don Juan el Viejo".

Tenemos, pues, a Monardes ligado con una familia de médicos, y en posesión por herencia de un manuscrito extraordinariamente valioso a que me referiré.

Monardes nació en 1512, y no en 1493 como se había creído. La rectificación es de importancia, porque dándole diez años más a Monardes, su actividad aparecía retardada de un modo incomprensible. El 6 de junio de 1530, Monardes figura graduándose de bachiller en Artes y Filosofía de la Universidad Complutense, bajo el nombre de Nicolaus de Monardis. Antes de que transcurrieran tres años, el 19 de abril de 1533, "se graduó de bachiller

en medicina el bachiller Nicolás de Monardis". Volvió inmediatamente a Sevilla y entró en el ejercicio de su profesión, que le ocupó juntamente con los trabajos literarios de que trataré adelante.

Cuatro años después ya estaba casado con doña Catalina de Morales, llamada a veces Pérez, según se ve en carta dotal del 7 de septiembre de 1537. Esta Catalina Morales Pérez también perteneció a familia de médicos, pues sus padres fueron Catalina Pérez y el doctor Garci Pérez de Morales.

Entre 1545 y 1557 nacieron los seis hijos del matrimonio de Monardes, que fueron: Leonor, Dionisio, Isabel, Jerónima, Nicolás y María.

La posición del médico se afirmó. Había publicado algunos libros, y lo que era más importante para él desde el punto de vista práctico, la Universidad de Sevilla le confirió en 1547 el doctorado. Su clientela se componía de gente principal.

Pero Monardes no se satisfizo con las ganancias de la profesión, y en 1553 era socio de Juan Núñez de Herrera, comerciante indiano. El negocio de ambos consistía principalmente en el envío de esclavos negros que la casa de Núñez de Herrera, establecida en el Nombre de Dios, vendía por cuenta de ambos. Las ganancias fueron seguramente de consideración, y excitaron la codicia de Monardes. Sintiendo hervir demasiado su sangre genovesa, hizo remesas imprudentes. En 1564 enviaba trescientas piezas de esclavos de Cabo Verde en la nao Magdalena, suyo maestre era Hernando de Heredia, consignadas a Alonso Bazo de Andrada en la Nueva España. Alonso de Barahona, pasajero en la Natividad, llevaba poder jurídico de Monardes para que pudiera "pedir e demandar, y haber, y cobrar las dichas trescientas piezas de

esclavos, que iban para los vender y beneficiar, y le acudir con lo procedido dello." Las piezas habían sido registradas a nombre de Monardes y marcadas con una M. La nao hizo escala en Santo Domingo. Monardes supo con dolor que allí "se absentaron ciertos esclavos" y hubo que dar poderes para que los reclamaran.

Sin duda el aventurado negocio fué más de pérdida que de ganancia, pues por aquellos mismos meses se le embargaban casas de su propiedad en la calle de Francos. América producía para Monardes alguno que otro centelleo, aun cuando no parece que fueran de luz muy viva. En Cartagena, a 11 de febrero de 1568, Juan Sánchez Mejía registraba "dos pedazos de oro de Veragua, cosidos en cañamazo marcado con un letrero que dice: Oro de Veragua para el señor dotor Monardes; sesenta pesos y dos tomines. Se hizo otro registro de 258 pesos "en oro de Veragua, en dos pedazos de barra e dos pedacitos del dicho oro, cosidos en un anjeo, con sobrescrito que dice: Oro de Veragua para dar al señor dotor Monardes en Sevilla. Y, además, unas barras de plata.

Por aquellos mismos días, Monardes entraba en largo pleito con sus acreedores. Estuvo preso o se refugió en sagrado, y pudo arreglar las diferencias, ajustando un convenio que firmó por los reclamantes el genovés Noroso del Nero. Desde 1568 hasta 1580, el esclavista Monardes vivió esclavo de sus compromisos. Todo cuanto se le debía en América pasó a manos del feroz Neroso, y éste recibió, en catorce partidas, diez y seis cuentos con 269.317 maravedís. Todavía quedaban pendientes ocho cuentos, de los que seguramente una parte considerable, si no es que el total era carga usuraria. Finalmente, en 1580 los acreedores se dieron por pagados con lo recibido. Monardes respiró, despidiéndose para siempre del comercio, y refu-

giándose en sus libros. Fuera de ellos, la vida no tenía ilusiones para él.

En junio de 1588 hacía su testamento. Había enviudado y era clérigo. Vivía en la calle de Catalanes, asilado en la casa de su yerno, el licanciado Luis Someño de Porras, fiscal del Santo Oficio, donde se le daba un aposento.

Ya nada o casi nada quedaba de los años prósperos, en que trasladó su residencia de la calle de Francos a la de la Sierpe, ensanchando su museo de rarezas exóticas y cultivando plantas americanas. El único resto de aquel esplendor era un escritorio donde se halló, muerto, el famoso médico, "un cajoncillo con ciertas piedras que diz que eran bezares, y un pedazo de piedra que diz que era ámbar".

La brillante clientela era también sólo recuerdo. Aquella clientela en la que se contaba el arzobispo de Sevilla, don Cristóbal de Rojas y Sandoval, la duquesa de Béjar y el duque de Alcalá, yerno de Hernán Cortés, ya no existía.

Con todo, Monardes no moría indigente. Pudo mandarse enterrar en la iglesia de San Leandro, donde tenía una capilla y donde estaba el sepulcro de su mujer. Ordenó veinticuatro misas para el día de su muerte y dos capellanías perpetuas. Dejaba dos juros, seis tributos y unas casas en frente de la iglesia de San Esteban, en la calle que iba a la puerta de Carmona, propiedad que adquirió en 1579. Los bienes partibles sumaban 4.312.488 maravedís.

Los herederos eran sus hijos: Dionisio de Monardes, casado, residente en Lima; María, viuda de Gonzalo Vilarrubia; Leonor, mujer que había sido de Rodrigo de Brizuela, entonces de Diego de Ocampo Saavedra, vecino de Méjico; Jerónima, mujer del licenciado Someño

de Porras, en cuya casa murió Monardes. Isabel había profesado y no heredaba. Era la santa de la familia. Tampoco heredaba Nicolás, el hijo pródigo, aun cuando no por esto dejó de tener la mejor parte, pues se le daba una pensión por todos los hermanos, que le mostraban predilección. La oveja descarriada había corrido mundo. Estuvo en Italia y vivió en Roma. Profesó como dominico en Méjico. Volvió a Sevilla, tomando el hábito de mercedario. No tardó en colgarlo y salir del convento para vivircomo clérigo desmandado. Antes, o después, tuvo ocasión de robar a su padre. El doctor Monardes menciona el hecho en su testamento, ajustando cuentas con sus hijos. "Iten, digo y declaro que di en veces, así en Indias como en Roma e otras partes, a Nicolás de Monardes, más de mill e quinientos ducados, y ansimismo me hurtó el dicho Nicolás de Monardes, de una caxa que se descerrajó, cuatrocientos ducados en coronas e reales, e di a los frailes de la Merced por su legítima ducientos ducados."

Ninguno de los hijos del médico sevillano podía quejarse, pues el testador había dado a Dionisio y a su mujer, en diversas partidas, más de mil ducados; a Leonor, en dote, cinco mil; a Jerónima, otros tantos; a María, seis mil quinientos.

Todavía los acreedores hablaron por voz de Neroso, y después de un pleito que se transigió, quedaron conformes.

Jerónima, en cuya casa murió Monardes, como **a se dijo, recibió los muebles del difunto, salvo el escritorio de "las piedras bezares".

El inventario es de una descorazonadora crudeza. El difunto dejaba entre sus bienes de uso al morir: un esclavo negro, de veinticuatro años, más o menos; una mula pequeña, con su silla y guarniciones; cinco arcas de madera pintada, muy viejas; cantidad de libros de medicina,

en tres de las arcas; dos lienzos, uno de la-Magdalena y otro de San Jerónimo; un retablo pequeño de Nuestra Señora, con sus puertas; otra tabla pequeña con un Cristo de Gricus; un cáliz de estaño; manteos y sotanas de pelo de camello, de carisea, de paño y de raja, todo viejo; un sombrero, dos bonetes, un capirote de doctor, de terciopelo negro, forrado en raso amarillo y con pasamano de oro; bancos de madera, sillas, una media cama y una cama de madera con un anjeo; cinco guadamecíes dorados y azules.

Los libros debían venderse para repartir el producto entre los pobres. Sólo uno exceptuaba el testador. "Iten, mando un libro que yo tengo escrito de mi mano, a mi hijo Dionisio de Monardes, al cual se le envíe donde quiera que estuviere."

Esta fué una de las obras perdidas del farmacólogo sevillano, si no es que todas se hallaban en el mismo cuaderno. El editor de 1588 habla de ellas. "Pudiera daros assimismo una Parafrasy que tiene hecha sobre la cuarta fen del primero de Avicena, y un Diálogo de la cuartana, que allende de la buena gracia y estilo que tiene, trata cosas de la materia tocantes de mucha doctrina, y un Diálogo del pelegrino, do se tratan cosas curiosas y varias de diversos estados. Estas tres obras postreras no han salido a luz; saldrán con otras que tiene el autor comentadas, que sé que darán contento a todos."

CAPITULO IV

La Pharmacodilosis

Monardes también, como verdadero renacentista, aunaba la expectación de los prodigios nuevos con una emocionada contemplación de las tradiciones. Así, después de publicar en 1539 su tratado De secanda vena in pleuritide inter Graecos et Arabes concordia, que tuvo segunda edición en Amberes, el año 1564, imprimió la Sevillana Medicina, por Juan de Aviñón.

Este libro, escrito poco después de 1420, permaneció inédito hasta 1545. Fácil es comprender la piedad con que fué conservado el manuscrito, y cómo se lo irían transmitiendo los médicos de la familia materna de Monardes, hasta parar en manos de quien iba a publicarlo. La edición hecha por Monardes llegó a ser tan rara, que la ignoró el mismo Nicolás Antonio. Cuando en 1885 la reprodujeron los Bibliófilos andaluces, dijo el prologuista don Javier Lasso de la Vega y Cortezo: "Entre otros méritos tiene esta obra el de ser una de las primeras de Topografía Médica que se escribieron en Europa. Por su orden exacto de aparición es la tercera, puesto que ya en 1273 había escrito en nuestra España Benjamín-Ben-Jone-Tudelensis una Topografía Médica en Tarragona, y un autor de ignorado nombre y famosos escritos su Regia Medicina Practica Castellae la cual, en realidad de verdad, fué antes que la de Aviñón publicada, mas con fecha muy posterior escrita."

Seguramente la lectura del manuscrito de Aviñón tuvo grande influencia en la formación de Monardes. Este lo repasaba con tanta delectación, que llegó a enamorarse del estilo. Se justifica de haberle dejado su forma arcaica, diciendo que "las palabras antiguas, allende de la nueva manera que consigo traen, dan gran contento, porque aparece por ellas la diferencia que las cosas presentes tuvieron". Muchos han creído que Monardes dió forma castellana al texto bárbaro de un escritor extranjero. No fué así. Aviñón escribía con tanta pureza, que su prosa hace pensar si sería español, y que sólo llevaría el nombre de Aviñón por haber vivido en aquella ciudad.

El libro, que ya no es excesivamente raro, puede leerse como tratado de higiene y como un recetario de medicina doméstica, a la vez que como estudio de topografía médica. Ya veremos adelante el servicio que presta para la lectura de Monardes, y en general como testimonio histórico.

Siguiendo la enumeración de los trabajos literarios del médico de Sevilla, encontramos:

De rosa et partibus ejus: de succi rosarum temperatura: de rosis persicis seu Alexandrinis: de malii, citris, aurantiis et limonis libellum. Se imprimió en Sevilla, el año 1565, y Amberes la reeditó en 1568.

Viene después:

El diálogo del hierro y sus grandezas, y cómo es más excelente metal de todos, y la cosa más necesaria para servicio del hombre, y de las grandes virtudes medicinales que tiene.

También debe registrarse el

Libro que trata de la nieve y de sus propie-

dades, y del modo que se ha de tener en beber enfriado con ella, y de los otros modos que hay de enfriar, con otras curiosidades que darán contento por las cosas antiguas y dignas de saber que cerca de esta materia en él se verán.

Los dos tratados forman parte de la Historia Medicinal, y a ellos habré de referirme, aunque sea incidentalmente.

Hay un punto que ha ocupado a biógrafos y a bibliógrafos. ¿De quién es la Pharmacodilosis, impresa en 1536? La obra aparece como de Juan Bautista Monardes. personaje de imposible identificación. Suponen algunos que Juan Bautista Monardes fué el padre de Nicolás. Pero sabemos que el padre tenía el oficio de librero y que también se llamaba Nicolás. Otros creen que el autor de la Pharmacodilosis nada tiene que ver con el de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales. Pero don Francisco Rodríguez Marín ha encontrado unos documentos en los que se habla de Nicolás Monardes llamándole Baptista, y a este nombre va añadido el de Nicolás, como . si Bautista no fuese confusión, sino uno de los que llevaba el médico sevillano. Aun hay más. La Pharmacodilosis o declaración medicinal, escrita primeramente en latín y después traducida, a ruego de algunos boticarios, es un diálogo en que figura Ambrosio, de esta profesión, y Nicolás, médico, lo que indica quién puede ser el autor, semioculto bajo un seudónimo.

La Pharmacodilosis nos lleva a un tema de interés para la historia de aquel tiempo. Se trata de una descripción de todas las hierbas medicinales que hay en España y en otros países, dándoles nombre latino, griego, arábigo y castellano.

La cuestión era entonces vital, pues precisamente la identificación exacta de los vegetales descritos por los antiguos, formaba una de las grandes preocupaciones de la erudición.

Es un hecho de sobra conocido que la botánica se sometía a un interés utilitario. El doctor Chanca, cronista del segundo viaje de Colón, que escribía contagiado de las ilusiones del almirante, no habla sino del árbol que produce lana, de alquitara, de jengibre, de mirabolanos, de almástica, de lináloe, de canela y de una esencia "como laurel, que tenía el más fino olor de clavos".

Pronto se vió, dice el conde Ficalho, historiador botánico, que "no Novo Mundo era todo novo", y empezó el trabajo de examen para el aprovechamiento de las plantas americanas.

Por su lado los portugueses no se afanaban menos. Thomé Pires, boticario, partió en 1511 para la India, donde ejerció el cargo de feitor das drogarias en Cananor y en Malaca, volviendo después a Cochim. De allí escribió al rey don Manuel, con fecha del 27 de enero de 1517, una larga relación en que daba noticia de las drogas asiáticas.

"La botánica era entoces simplemente la materia médica vegetal, y giraba como un modesto satélite en torno de la medicina. Fué necesario que transcurrieran años y aun siglos, para que conquistara sus fueros de ciencia autónoma. Por un concurso de circunstancias, entre las cuales figuraba tal vez el acaso, la obra griega de botánica en que se encuentra más patente el espíritu científico—que es la de Teofrasto—se conocía poco. Verdad es que se hicieron versiones latinas de la Historia plantarum, y después ediciones numerosas de esas traducciones; pero el libro propiamente no entraba en la enseñanza ni en la lectura de los eruditos. Gar-

cía de Orta, por ejemplo, cita raras veces a Teofrasto. Por el contrario, la Materia médica de Dioscórides, inferior desde el punto de vista de la ciencia pura, fué uno de los libros de que se hicieron traducciones más frecuentes y más anotadas, comentadas y analizadas en las escuelas medioevales, tanto cristianas como musulmanas. Dioscórides ejerció, pues, directamente, o a través de Avicena, de Mesue, de Serapio el Mozo y de otros, una acción principal en el origen de las nociones botánicas corrientes" (1).

El siglo XVI fué en todas partes un gran siglo para Dioscórides, presentado con erudición por hombres como Ruellio, Mattioli, Amato Lusitano y Andrés Laguna. Este erudito español lo tradujo magistralmente, y todavía admiramos las bellísimas ediciones de la obra que era encanto no sólo de los hombres de ciencia, sino hasta de la gente profana.

"También citaremos a Plinio, cuya enciclopedia, desordenada y falta de crítica, pero singularmente vasta y grandiosa, fué otro de los libros clásicos en el estudio de la sciencias naturales" (2).

Ya he dicho cómo se afanaban los sabios por encontrar la correspondencia entre los textos de los autores para identificar las plantas que hallaban descritas en sus libros. Empleábanse innumerables páginas con el objeto de discutir "si tal cosa de Plinio era tal otra de Dioscórides". Es célebre la confusión de la canela con el arsénico por el nombre darseni que aquélla tiene en árabe. Renacían errores ya corregidos. García da Orta se entregaba a enmendar los de Plinio, que ya habían sido rectificados por Cosmas Indicopleutas, Fray Odorico

^{(1) &}quot;García da Orta e o seu tempo", pelo Conde Ficalho, Lente de Botánica na Escola Polytecnica, etc. Lisboa. Imprenta Nacional, 1886, págs. 13 y 14. (2) Ob. cit.

y otros viajeros medioevales. El único modo de acabar definitivamente con la incertidumbre reinante era el de las expediciones científicas. Mattioli imploraba los buenos oficios de los médicos del rey de Portugal para que pusieran en claro lo que hubiera sobre el cinnamumum y la cassia lignea, ya que él en Europa no podía hacerlo. Y Laguna recomendaba que cuantos no encontraran manera de ir a los lejanos países de las drogas, visitaran por lo menos la Casa da India en Lisboa, para que allí examinaran todas las especies de la canela. Hablando así, Laguna predicaba con el ejemplo. Reunió infinito número de manuscritos e impresos, mantuvo correspondencia con los hombres más versados en la botánica, viajó y gastó casi toda su fortuna en proporcionarse simples raros y exquisitos que pidió a Grecia, a Egipto y a Berbería, para presentar concienzudamente la sinonimia griega, latina, árabe, castellana, portuguesa, catalana, italiana, francesa y alemana de las plantas.

En 1566 apareció la primera edición de la obra de Laguna. Juan Rodrigo o Rodrigues de Castell-Branco, llamado por otro nombre Amato Lusitano, se había anticipado a Laguna. Después de publicar en 1536 y en 1551 un Comentario de los diez primeros libros de Dioscórides y las Centurias de curaciones medicinales, en 1553 explicó los simples, dando las equivalencias griegas, latinas, italianas, españolas, alemanas y francesas.

En 1563 se imprimió la obra monumental escrita por García da Orta—Coloquios dos simples e drogas da India—publicada en Goa, que iba a ser bien pronto seguida de los tratados de Monardes y de los Comentarios de Laguna. Un hombre de estudio podía, pues, reunir sobre su mesa de trabajo la Historia Natural de las Indias por Oviedo, en el español de la edición original o en la tra-

ducción italiana de Ramusio, la Historia medicinal de Monardes, los Coloquios de Orta, el Dioscórides de Laguna y los libros de Amato Lusitano.

Si ese hombre era médico, no le faltarían de seguro los Comentarios de Hipócrates y Galeno, hechos por Antonio Luis, de Lisboa, que escribió de occultis proprietatibus, ni los Comentarios de Galeno por Luis de Lemos, ni el Retrato del perfecto médico por Henrique Jorge Henriques, obra de las más apreciadas entonces (1).

Sería materia para un libro muy voluminoso la comparación de los trabajos que simultáneamente se hacían en Lisboa, en Sevilla, en el centro de Europa, en América y en la India. Pero es necesario que abandone por ahora un tema tan seductor y que me limite a la materia estudiada por Monardes.

^{(1) &}quot;Hist. Bib. de la Medicina Española", por don Antonio Hernández Morejón. Madrid, 1842.

a see the less was good an attagrationara

CAPITULO V

El país de la verdolaga milagrosa

La sentencia del maestro había tenido siempre en España un valor especial. Esta península fué la América de Roma, puesto que entre Cádiz y los Pirineos hay tantas especies vegetales como en todo el resto de Europa. España servía de almacén de la farmacopea imperial. La conquista de España por los romanos presentó un fenómeno análogo al que siglos más tarde había de verse en la conquista de América y en la actividad indiana de los portugueses. Entre las cosas que más interesaban en Roma estaban las hierbas medicinales procedentes de España. El papaveres iberos daba un somnífero extraordinariamente activo. Licinio, caballero romano a quien fatigaban irremisibles y crueles dolencias, les puso término bebiendo el estupefaciente español, que fué un dulce veneno. La verdolaga de la Península Ibérica tenía tanta fama de curar las inflamaciones de la garganta, que bastaba llevar un tallo, una hoja o una flor colgada al cuello para sentir alivio el hinojo de España se preparaba un tópico fortil de de ojos débiles y para cambiar de aspecto los leganosos. El espino vulgar, llamado aspálato por los españoles, era un confortativo potente. En Roma se había tenido por incurable la mordedura del perro rabioso hasta que llevaron de Cataluña la raíz de la rosa silvestre y los polvos de la vibora llamada caule. Los vómitos de sangre desaparecian con otro polvo hecho de caracoles de las islas Baleares. Lo más notable de las novedades que llegaron a Roma fué la bebida de las cien especies, celebrada por su excelente sabor y por sus efectos saludables. La hierba cantábrica se empleaba para curar llagas, dolores de estómago y otros males. La hierba vetónisa tenía aplicación en múltiples formas—fresca, seca, cocida y pulverizada—para inapetencias, indigestiones, disenterías, opilación de riñones, heridas, llagas, mordeduras ponzoñosas, vómitos, flujos de sangre, afecciones del higado, de la vejiga y del útero, calenturas, hidropesía, parálisis, epilepsia y tisis. Antonio Musa hizo un opúsculo que dedicó a Agripa, ponderando las virtudes de la hierba vetónica. Este mismo Musa había ganado fama como médico por haber curado a Augusto, en Tarragona, de una destilación caída al pecho, empleando los refrescos después de fracasar con las medicaciones cálidas. La lechuga salvó la vida del Emperador, según el testimonio de Plinio.

Cuando la Península Ibérica se adueñó de los tesoros minerales y vegetales de dos mundos indianos, el oriental y el occidental, sus médicos tuvieron que dedicarse a una labor de rectificación de lo antiguo y de interpretación de lo nuevo. Para esto, como escribe graciosamente el conde Ficalho, naturalista e historiador, a quien ya mencioné, sólo se contaba con un Hipócrates deturpado, un Galeno arabizado y un Aristóteles de fantasía. La reacción hacia lo antiguo para desentrañar secretos de lo moderno, se facilitó en España por una tradición mulsumana de primera categoría como era la del persa Rasis y la del sevillano Avenzoar, superiores a Averroes y Avicena, según el juicio de críticos calificados.

España estaba, pues, preparada, lo mismo que Portugal, para recibir los tesoros de las dos Indias. Algunos hechos demuestran que la situación de la Península, desde el punto de vista especial de la medicina, no puede presentarse como desfavorable para las investigaciones de esta rama del saber. Cuatro años antes del primer viaje de Colón, la ley establecía en los dominios aragoneses una pena de mil soldos al que osare poner empacho para un trabajo de anatomización. Don Fernando hizo, en 1488, una merced así formulada:

"Que placía a la Majestad del Rey otorgar privilegio perpetuo a la Cofradía de Sanc Cosme y Sanc Damían, de la ciudad de Zaragoza, las cosas infrascriptas:

Primero. Que toda vegada que por los Metges y Cirugiarugianos de la dicha Cofradía, o por los Metges y Cirugianos que visitaran en el Spital de Sancta María de Gracia,
será deliberado abrir o anatomizar algún cuerpo muerto
en el dicho Spital, lo pueden abrir o anatomizar, todo o
en parte, agora sea de hombre, agora de mujer, tantas
cuantas veces e un any a ellos seará visto..."

Esto no era una novedad, pues desde 1376 se anatomizaba en Montpellier, perteneciente a la corona de Aragón, y en Lérida desde 1391 había cátedra de disección. Estando los Reyes Católicos en Barcelona, Julián Gutiérrez de Toledo escribía la obra De potu in lapidas preservationes. Se distinguía entre la litiasis renal y la vesical. La morbería de Mallorca existía desde 1474. Los cronistas de los mismos Reyes Católicos hablan ya de los hospitales militares. En Alcalá se abrió la primera cátedra de botánica, regida por Antonio de Lebrija. El resultado de esta enseñanza fué un Lexicon artis medicamentariae.

España se había anticipado a los otros países de Europa en la fundación de manicomios, llamados casas de orates. La de Valencia es de 1409, la de Zaragoza data de 1425, la de Sevilla de 1436, y de 1473 la de Toledo. Fray Jofre Gilabert puede figurar entre los grandes precursores de la hospitalización técnica.

Fray Pedro Ponce de León está reconocido como el iniciador de la enseñanza de los sordomudos. Este egregio benedictino, que murió en 1584, fué el inspirador del aragenés Juan Pablo Bonet, autor del Arte de enseñar a hablar a los sordomudos, obra publicada en 1620, y a su vez Bonet fué inspirador del abate L'Epée, quien aprendió el castellano sólo para leer a Bonet. Un continuador de éste fué, ya en el siglo XVIII, el gaditano Juan Rodríguez Pereira. En una obra de Alejo Venegas, titulada Tratado de la ortografía y de los acentos de las tres lenguas principales, y en la famosa Silva de varia lición, de Pedro Mejía, el doctor García del Real encuentra mencionado un método español del siglo XVI para la enseñanza de la lectura a los ciegos.

El doctor Alvarez Chanca, que acompañando a Colón en su segundo viaje, hizo una relación de impresiones
indianas, llena de espontaneidad, publicó en 1514 un Comentum novum in parabolis divi Arnoldi de Villanova.
La misma pluma que describió las magnificencias ignotas del mundo antillano, se deleitaba rememorando la
extraña vida del alquimista catalán, primer médico de
cámara de don Pedro III de Aragón, que teñido de heterodoxia y acusado de brujería, emigró a Francia, de donde
lo llamó el Papa Clemente V, por la fama de su acierto en
la clínica, y que pereció en un naufragio, dejando la obra
que suscitó tantos admiradores: De conservanda juventute et retardanda senectute. Metchnikoff y Voronoff.

CAPITULO VI

Bajo el cetro de Hipócrates

Es necesario que se justifique la inclusión de la Historia medicinal de Monardes en un estudio como este, pues no se trata de dar galardones, sino de presentar los testimonios históricos más eficaces para el conocimiento del pasado.

Considerada desde este punto de vista, la obra de Monardes posee cualidades que ninguna otra reúne. Por ella vemos cómo pasan las plantas americanas a la farmacopea de Europa, pues el médico sevillano sirve de agente para su difusión, como queda dicho.

El lector de Monardes recibe la impresión directa del procedimiento experimental. Seguimos en cada página la sorpresa del médico al presentársele un recurso nuevo, la esperanza con que lo acoge y la duda que le acompaña durante la aplicación. Hay sobre esto muchos datos de valor que iré señalando. Pero antes juzgo preciso hacer algunas explicaciones para evitar que la voz de Monardes disuene en los oídos de los que la escuchan después de tantos siglos de haberse apagado.

Monardes puede parecer un pobre hombre, y su prosa, notable por la viveza, pero también por la incorrección, dar una impresión falsa de lo que vale el médico sevillano. Bueno es advertir cual era el puesto que ocupaba entre sus colegas, y el de éstos entre los europeos.

Sabemos por Esteban de Garibay que a Monardes le

había dado reputación su ojo clínico. Cuando el cronista llegó enfermo a Sevilla, se tuvo como muy afortunado por recibir las atenciones del famoso experimentador, que era el médico de cabecera del prelado, en cuyo palacio se alojó Garibay.

No sonrían los que al recorrer las páginas de Monardes encuentren prodigados los purgantes, vomitivos, clísteres y sangrías. La misión de la terapéutica debía consistir en procurar el equilibrio de los cuatro humores: sangre, flema, cólera y melancolía.

Se había formado, es verdad, una poderosa corriente de heterodoxia. La alimentaban hombres como Paracelso, "el más loco de todos los médicos y el más médico de todos los locos". Contrariando el reinante sistema de justo temperamento humoral, Paracelso tomaba por los atajos de la alquimia y de la cábala. Buscaba la salud humana en los cuatro elementos-fuego, agua, aire y tierra-, bajo su triple aspecto-fijo, cambiante y volátil-comparando los cuatro elementos con los cuatro estados de la materia-espiritual, mental, psíquico y físico-, pues el médico debía trasmutar el cuaternario inferior en la tríada superior, el hombre animal en el hombre divino. La vida está en la quinta esencia que produce la unidad. Todas las enfermedades se curan con el específico. La salud radica en la muy noble, muy preciosa y divina esencia de la flor del antimonio. El porvenir de la medicina se cifraba en el espagirismo. Había que llegar hasta el momento en que se obtuviese la piedra filosofal. Mientras tanto, se curaba con precipitado rojo, con plomo, con cinc y con arsénico.

¿Es malévola esta presentación de Paracelso? Así se creería, a juzgar por lo que otros dicen de esta figura eminente. Como profano, me limito a reproducir. Según

Garrison, historiador de la medicina, Paracelso, anticipándose a su época, se aparta del galenismo y de sus cuatro humores, y enseña nada menos que la sustitución de la alquimia con la terapéutica química. Ataca a los hechiceros y charlatanes, que destrozan el cuerpo humano en vez de emplear los procedimientos quirúrgicos. Se opone a la simple Uromancía y a la Astrología. Estudia las enfermedades profesionales como las de los mineros. Establece una relación entre el bocio y el cretinismo. También se adelanta a su época señalando las diferencias geográficas de las enfermedades. Es casi el único aseptista entre Mondeville y Lister. Cree en la unidad de la medicina y la cirugía. Afirma que la naturaleza, bálsamo natural, cura las heridas y no las intervenciones oficiosas. Recomienda los baños minerales, y es uno de los primeros que analizan sus aguas. Hace con el opio (láudano), el mercurio, el plomo, el azufre, el hierro, el arsénico, el sulfato de cobre y el sulfato potásico (llamado el specificum purgans Paracelsi) una parte de la farmacopea, y considera el cinc como sustancia elemental. Distingue el alumbre del sulfato ferroso. Pone de manifiesto el hierro contenido en el agua por medio del ácido tánico. Populariza las tinturas y los extractos alcohólicos. Se le encomia por haber sospechado la acción catalítica, supuesto que los remedios no son sustantivos, sino que obran a causa del inmanente poder espiritual o quinta esencia. Y hasta se le elogia la doctrina de las asignaturas que no es sino una prueba analógica falsa, de salvaje, por la que los caracteres externos revelan una acción curativa, como en la col, que siendo amarilla, obra contra la ictericia, el bulbo de la orquidea contra la orquitis, y las espinas del carde contra los dolores punzantes.

Para muchos historiadores de la medicina, Paracelso

es todo un filósofo. Precursor de Darwin, habla de la supervivencia del más apto. Asigna a los organismos el origen de un Urschleim, o fango primitivo. Sus arcana iban contra las causas de la enfermedad, más bien que contra los síntomas. ¿ Qué eran esos arcana? El archaeus, principio inmaterial, regula todos los fenómenos de la vida orgánica. La sustancia del cuerpo humano, en la que manifiesta su acción este arqueo, puede presentar tres manifestaciones, simbólicamente expresadas por la sal, que es lo persistente, algo como las cenizas que deja la combustión; el mercurio, que es lo volátil, lo que se levanta por obra del fuego, y el azufre, o lo aéreo, que el mismo fuego hace desaparecer. Valiéndose de estas sustancias, el arqueo realiza la nutrición y separará lo útil de lo inasimilable. Si el arqueo funciona normalmente, hay salud. Los recursos químicos ayudan la acción del arqueo.

Otro disidente de la misma cuerda, era el iluminista Van Helmont, fraile capuchino de Bruselas, matemático, astrónomo, botánico, teólogo, economista, jurisconsulto y médico. Siguiendo a Paracelso, y contra él no pocas veces, cree que hay un arqueo especial, un blas, para cada proceso material del cuerpo humano, y que cada función resulta de un fermento, o gas, bajo la dependencia del blas correspondiente. Todo está presidido por la anima sensitiva motivaque, situada en el hueco del estómago, donde un golpe destruye la conciencia. Van Helmont distingue el archeaus insitus, fuerza viva corporal, del archaeus influus, procedencia directa de Dios, parte divina del hombre, órgano del alma. El archaeus insitus se subdivide para los distintos órganos; el influus constituye la unidad La enfermedad, consecuencia de los pecados, consiste en el defectuoso funcionamiento de los arqueos, cuando su actividad está conducida por un error inconsciente, que es la idea morbosa.

Desesperado al encontrar siempre la misma cantinela, como él decía, en seisciemtos autores griegos, romanos, árabes y medioevales, renegó de Hipócrates, Galeno, Avenzoar y Averroes, aprovechando la experiencia de una afortunada y molesta enfermedad que le sobrevino. Tomo durante tres días la célebre apócema de Rondelet, que contenía próximamente cincuenta ingredientes. El cuarto y el quinto día se añadió ruibarbo y agárico al brebaje. En el sexto día el enfermo tuvo quince evacuaciones. Las pústulas no desaparecían; el prúrigo era insoportable. Llegó entonces un práctico italiano, que hizo la cura con azufre y mercurio. Van Helmont se declaró desde entonces enemigo mortal de la sangría y de la purga. El antimonio, el azufre y el opio eran sus recursos preferidos. Los agentes de la terapéutica no obraban, según él, en razón de la fuerza de los contrarios, ni en la similitud, sino por un don de la Divinidad que ayuda a la Naturaleza en su virtud medicatriz. Se atenía al tratamiento magnético para llagas y otros males que envían Satanás, sus adeptos y los hechiceros. Creía en los sueños y en los amuletos. La cábala y la alquimia se ligaban al arte astrológico, buscándose así la concordancia de los siete planetas y las partes del cuerpo humano o microcosmos. La esencia divina se tomaba caliente, fría, ácida, dulce, arseniosa o impregnada de otras cualidades, según la influencia astral que dominaba. No debía decirse que el toronjil es planta matricial, ni que la mangarona es planta capital. Palabrería de ignorantes. Todas las cualidades vienen de Venus y de la Luna.

Los hipocratistas protestaban. Cuando en la cabecera de la cama de Felipe II, oyó el divino Vallés las objeciones contra el purgante, recetado al augusto enfermo, por temerse el contrario influjo astral, él dijo: "Yo lo daré sin que la Luna lo sepa."

El hipocratismo triunfó y siguió imperando hasta el siglo XVIII. Vallés, que lo representaba, en tal grado que Baerhave pudo llamarle el alma transmigrada de Hipócrates, fué una protesta viva contra los excesos de la terapéutica aberrante, de Galeno o contraria a Galeno. Vallés, que pensaba curar mayor número de enfermedades por el buen régimen sin medicamentos que por los unos sin el otro; Vallés, que en los casos dudosos recomendaba la abstención de remedios enérgicos, y que en el de emplearlos se hiciese con prudencia; Vallés, que temía siempre causar daños más graves que el mal mismo, no podía crear una escuela de servilismo fanático.

Hay un documento que consigna la cantidad asombrosa de laxantes, y el número, más fenomenal todavía, de clísteres detersivos, carminativos, minorativos y de no sé cuantas clases más que se aplicaron a otro Gran Rey (1).

Los profanos se burlan de ambos sistemas. Esta actitud irrespetuosa aparece en el Auto dos físicos, de Gil
Vicente. El Mestre Anrique habla sin cesar de su teoría
dos humores que peccao, y con su muletilla—¿Habéis mirado?—demuestra cómo la cólera se hace melancolía por
enfriamiento. ¿Habéis mirado?

Mestre Torres saca el horóscopo. El año es bisiesto; Júpiter está en Piscis; Saturno desbaratará la mejoría obrada por la Naturaleza. Pero dada la posición de la Luna, el día de la semana y la hora de Mercurio, no hay causa para una verdadera fiebre. El autor cómico prosigue donosamente su burla de los que sangran por los pasos de una estrella. El médico necesita saber muchas cosas: si el pulso es ternario, alterado o binario, cuán-

^{(1) &}quot;Journal de la santé du Roi Louis XIV, de l'annés 1647 a l'année 1711". Paris 1862. Vallot d' Aquin et Fagot. J. M. Guardia: "La médecine à travers les siècles",

tas lecciones dió Tolomeo al rey Darío, y de qué modo puede juzgarse de las aguas de una panella, a no ser que, como el Mestre Nicolás, médico del rey don Manuel, sea de los que curan sobre poco más o menos.

No hace falta acudir a Gil Vicente, ni venir hasta Quevedo, Molière y Torres de Villarroel para tener el cuadro de la medicina burlesca. Cada escuela hacía la caricatura de la escuela antagónica, y cada médico la de su colega. ¿Hoy mismo no vemos cómo se habla de los dogmas de ayer? Las localizaciones de Broca son una ruina grotesca sin la fantasía de la Scala Septenarii de Agrippa.

Hay, con todo, y siempre ha sabido en medicina un término medio de moderación y buen sentido que se sobrepone a todas las extravagancias de la moda.

Para el verdadero médico, la experimentación aun antes de tener base científica, se levantaba por encima de los más seductores sistemas. El lema hipocrático, que los españoles traducían en una expresión de firmeza lapidaria, les marcaba el camino: "La vida es breve; el arte es luengo; el juicio es grave; el tiempo angosto y la prueba dudosa."

La enseñanza de la medicina en el siglo XVI, dejando aparte variedades y falta de aplicación de los programas, se hacía por ocho catedráticos. En el primer año, los alumnos oían el comentario De natura hominis, los dos libros De temperamentis y los tres De faculcatibus naturalibus, de Galeno. En el tercero: De pulsibus, de uriniis o de Differentii febrium. El profesor de anatomía estaba obligado a hacer, por lo menos, veinticinco disecciones anuales. El de botánica debía excursionar con sus alumnos para observar las plantas en el terreno donde se producían. El de la cátedra hipocrática explicaba

los Aforismos, los Pronósticos y otras partes de la obra. El de clínica daba a conocer las enfermedades, con sus causas e indicaciones. El de cirugía comentaba cinco libros de Galeno (IV, V, VI, XIII y XIV) (1).

Los cirujanos eran de dos clases: los latinos, que hacían estudios como los médicos; los romancistas de cinco años, que seguían otros cursos. Pero siempre la cirugía fué abandonada a los ensalmadores, algebristas, barberos y otra gente que habitualmente desempeñaba oficios mecánicos. Los médicos se dedicaban de preferencia a curar las enfermedades internas. Ya desde 1477 los Reyes Católicos permitían a practicantes de escasa preparación el ejercicio de la medicina y de la cirugía en algunas especialidades, como la operación de la catarata, la curación de la tiña, la extirpación de los callos, la reducción de las hernias y la extracción de los cálculos.

Había, pues, toda una jerarquía. En lo más alto, el médico de enfermedades internas tenía su trono. Abajo estaban los barberos, ensalmadores, algebristas y sangradores, que lo mismo reducían una luxación que sacaban una muela o disolvían un lobanillo.

Esta parte manual de la práctica se hallaba a gran distancia de los latines del médico que rumiaba sus aforismos.

^{(1) &}quot;Hist. de la Med. en España", por el Dr. Eduardo García del Real. Madrid, 1921, pág. 93.

CAPITULO VII

El Monasterio de Guadalupe

No se recuerda cómo polemizó el siglo XIX para dilucidar el tema de la existencia de una escuela de medicina, cirugía y farmacia en el Monasterio de Guadalupe,



Asistencia a enfermos entre los indios

El doctor Hernández Morejón hizo un elogio que el doctor Chinchilla, tomando la posición sistemática de contradictor adoptada por el, calificó de fantástico. El doctor Nicolás Ruiz Jiménez refutó a Chinchilla en su Escuela de Medicina del Monasterio de Guadalupe, y Nicolás Díaz Pérez, biógrafo de los extremeños, hizo uso de la palabra contra Hernández Morejón. Barrantes, el bibliógrafo, con la aportación de datos positivos, im-

puso un rigor técnico a las afirmaciones. Ya no podía hablarse de Guadalupe empleando únicamente el lirismo para ensalzar o deturpar.

El monumento, con sus piedras y los archivos con sus datos ingenuos de contabilidad, oficios y sepulturas, hablan más que todos los disertantes. Los últimos historiadores de la casa—don Germán Rubio y don Carlos García Villacampa—han hecho obras de investigación personal, ofreciendo conclusiones documentadas.

Las piedras y los archivos responden, para decirnos que ese gran centro, cuya acción, después de ser peninsular fué europea, extendiéndose finalmente al mundo americano y al oceánico, no podía haber dejado de tener importancia en un orden que le interesó desde los primeros años, desde que era un santuario local extremeño: la salud de sus visitantes.

Guadalupe, ermita del fervoroso pastor Gil Cordero, priorato secular después de la batalla del Salade, empieza a tener magnificencia cuando en 1389 se funda allí un monasterio de Jerónimos. Su grandeza se ve en la perspectiva del tiempo y se aprecia mejor comparandola con la de otro monasterio famoso. El Escorial es imponente: Guadalupe conmovedor. El Escorial es la obra de un cetro y de un hombre: dentro de un solo reinado, el granito de la fábrica completa el paisaje de la serranía castellana. En Guadalupe la religión, el pueblo y los siglos hacen lo que nunca realiza el acto personal del monarca más coordinador de actividades.

Hay otras diferencias. El Escorial es un esfuerzo de concentración tibetana. Guadalupe, proa de audacia, parece correr hacia los mares luminosos. Se orienta en la dirección de la historia de España y avanza con ella. Los peregrinos del Norte, traspuesto el crestón de la cor-

dillera Oretana, sienten el sacudimiento de las revelaciones. Les tienta el prestigio del oriente musulmán y
palpitan con el misterio de las islas Afortunadas. Adivinarán, entre las columnas del Plus Ultra, las selvas
de los países equinocciales. Desde allí verán cruzarse las
dos líneas que integran la geografía del planeta: la que
partiendo de Palos va al mar Caribe y la que el conjuro
del Infante iluminado traza durante un siglo de empresas entre el promontorio de Sagres y la roca de Adamastor.

Todo en Guadalupe es exaltación y milagro. Llega el tropel de los romeros: un millar de huéspedes que se renuevan cada tres días. Año tras año, lustro tras lustro sucede esto. Pasan las generaciones. El peregrino alemán, francés o polaco que vió construir el claustro mudéjar de las procesiones, será ya polvo, polvo serán sus hijos y sus nietos, otros descendientes suyos habrán muerto, antes de que uno de ellos pueda recorrer el claustro gótico de las enfermerías. Cada siglo dejará su huella, desde el XIV con su hierro repujado. El examen cronológico es tan interesante como el artístico. La emoción es más grande refiriendo cada cosa a su tiempo: la arqueta con esmaltes traslúcidos; la pila bautismal de bronce, obra de Juan Francés; la verja de los rejeros del siglo XVI, fray Juan de Salamanca y fray Juan de Avila; el frontal del altar de San Jerónimo, el camarín y el poema ascético de Zurbarán, culminación de lo que hace en Guadalupe el siglo XVII; las deformaciones churriguerescas del XVIII.

Nos engañaríamos si por ser Guadalupe un centro de arte y de atracción religiosa, le atribuyéramos vida parasitaria. Allí estuvieron, es verdad, trece reyes de Castilla, cinco de Portugal y cuatro monarcas que ocupa-

ron el trono del Imperio. Don Fernando y Doña Isabel visitaron ocho veces la santa casa de las Villuercas. Allí se vieron Felipe II y don Sebastián. A ese sitio acudieron Gonzalo Hernández de Córdoba, Cristóbal Colón, Pedro Navarro, Hernán Cortés, don Juan de Austria-que ofreció la farola de la capitana turca, tomada en Lepanto-, el Duque de Alba y Alfonso de Alburquerque. Pero el monasterio no vivió de donativos regios, principescos o populares. El señorío de la Puebla desempeñaba una función económica. Era un agente de producción. Poseía tierras y las cultivaba. Su ganadería nos es conocida en todos sus pormenores por los registros de los libros de hacienda. La pila de lanas que el monasterio había construído sobre el río Ruecas, se citaba como la mejor de España. La acción benéfica para la agricultura comprendía una zona dilatada. Entre las iniciativas guadalupenses que hoy son objeto de estudio, se cuenta la creación del patrimonio familiar como premio a los labradores industriosos.

El monasterio tuvo escribanía o pergaminería, con artistas "para iluminar las letras y la imaginería dellas". Esto vale tanto como decir casa editora en tiempos anteriores a la imprenta. Había encuadernadores, orfebres, plateros, tallistas, bordadores, herreros, y llegado el momento, tipógrafos. Si a esto se añaden el seminario, la hospedería y el hospital, no extrañará que para ciento veinte o ciento cuarenta religiosos hubiera setecientas personas de servicio. El refectorio común era un mundo de orden y de silencio, según lo describe el padre Sigüenza en su obra, monumento de arte: mesa de capellanes, mesa de mayorales, mesa de escribanos, de viejos, de estudiantes, de mozos de espuela, de aprendices, de gañanes y quinteros, hasta mesa de negros. "Todos co-

men juntos, con gran policía y concierto, escuchando la lección santa que lee uno de los estudiantes."

La escuela de medicina no es fundación originada en plan preconcebido.

Nació de los hospitales, como éstos de la hospedería. Por una serie de exigencias prácticas, fué organizándose la enseñanza de la medicina. De igual modo, pidiendo el hospital una botica, se formó aquélla de que habla el padre Talavera, "tan abundante de medicinas y muchedumbre de vasos, que no tuvo semejante oficina toda Europa".

¿Exageración? No se cree que la haya al hablar de los miniados peregrinos, de los mantos que bordan las manos de una Clara Victoria Eugenia, ni al hablar de los viriles deslumbradores del templete, prodigio arquitectónico, de los alicatados, de las gemas, de los órganos, de los esmaltes, de los cuadros que el Louvre envidiaría. Sólo cuando se mencionan las salas de los hospitales y el surtido de la botica, hay quien opone dudas. Como si no fuera más difícil hacer toda aquella historia triunfal de cuatro siglos y medio que alinear unos centenares de vasos y dar camas mullidas a los enfermos.

Cuando en todas partes los pacientes de afecciones muy diversas se hacinaban, sin la separación de salas ni aun la de sábanas, Guadalupe hacía la distribución por enfermedades y proporcionaba lecho individual. Cuando las farmacias eran unos antros repugnantes, Guadalupe tenía fama por haber proscrito "el olor a botica", adquiriendo receptáculos de plata.

En los primeros tiempos, al sentirse la precisión de una asistencia sistematizada, hubo "físicos freires", o sea, hombres del arte, que cediendo a la vocación religiosa, profesaban. Después, los religiosos se hicieron mé-

dicos, y sobre esto hay breves pontificios de mediados del siglo XV. Más tarde se acudió a seglares eminentes que prestaban sus servicios en el monasterio, sin hacer voto alguno, como simples médicos.

Algunos de los facultativos que dirigían salas en el hospital, daban lecciones teóricas. Con licencia del Papa, se anatomizaba en el subterráneo que ha quedado. Los alumnos se disputaban las plazas de practicantes, y para obtenerlas llevaban recomendaciones de altos personajes, hasta de los mismos reyes, como consta en los archivos. El padre Talavera dice: "Asisten en estos hospitales ordinariamente cuatro cirujanos, y otro más docto que ellos, para las enfermedades y heridas más graves. Lee éste la facultad, y lo mismo hace el dotor de medicina. A estas lecciones acuden, con gran provecho, por la experiencia ordinaria que se hace de lo que se enseña, y anatomía que pueden hacer los cirujanos, por indulto de Su Santidad. De aquí ha nacido salir de esta casa tan grandes médicos, que sus partes y fama los ha llevado a las de los Reyes..."

El primer freire físico que pasó de Guadalupe a la corte, fué fray Luis de Madrid, cuya historia creeríamos legendaria si no la apoyara un documento de cancillería.

"La Reina.—Devoto Padre: Por lo que el Dr. Soto, "mi físico, os escribe, veréis cómo la Serenísima Reina "de Portugal, mi hija, está mal dispuesta de mal de la "testa, y por que tengo confianza en vos, que la cura-"réis mejor que otro, y trabajaréis en ello como es ra-"zón, acordé que vays allá, e escribo al General de vues-"tra Orden, para que os dé licencia para ello, y creo que "os la otorgará sin dilación. Por ende, yo vos ruego que "en recibiendo éste, os dispongáis en ir allá, e vais lo más "presto que podáis, porque yo espero de Nuestro Señor,

"que con su ayuda, vuestra presencia aprovechará mucho "para la salud de la dicha Reina, mi hija.—De Medina, "a XX de Diciembre de DIII.—Yo la Reina.—Por man-"dato de la Reina.—Conchillos."

Fray Luis de Madrid seguía una tradición de santos físicos: Fray Juan y fray Pedro de Guadalcanal, fray Gonzalo de San Bartolomé de Lupiana, fray Diego de Córdoba, hijo del cirujano Ruy González, "dotado de tanta gracia del Señor, que cada vez que de él eran visitados los enfermos, quedaban con su vista y habla muy consolados", y el lego fray Martín de Arjona, "varón de muy sano entendimiento, y docto en el oficio de la cirugía, así por ciencia como por la mucha experiencia que tenía".

Cuando ya los médicos y cirujanos de Guadalupe, desde fines del siglo XVI, eran eminencias llamadas al monasterio, la botica siguió encomendada a los religiosos. Uno de ellos, fray Pedro de Mirandilla, sacerdote, formado en el monasterio de Santa Catalina, en Talavera, donde enseñaba el padre Soria, farmacólogo de fama muy extendida por los reinos peninsulares, rigió la botica de Guadalupe durante más de treinta años. Parece que practicó el arte sesenta años, y de ellos casi todos en Guadalupe. Se le relevó de sus servicios por ancianidad, en 1715.

Basta recorrer los alrededores del monasterio y alejarse unos cuantos kilómetros de La Puebla, para comprender la interdependencia de la botica y de los campos de herborización. Además, y en esto hay que parar la atención, siendo Guadalupe un centro de romerías, es natural que recibiese plantas medicinales de Asia, de Africa, de América y hasta de los países oceánicos. Lo extraño hubiera sido la indiferencia y el abandono. De Portugal, de Castilla, de Extremadura, de Andalucía y de otras partes, iban a surtir las recetas de cuidado, por la fama del establecimiento, que nunca omitía gastos para conseguir la excelencia del producto

CAPITULO VIII

El fiero combate humoral

La actitud en que vemos al médico sevillano es la del hombre que duda. Todo lo experimenta y no desdeña ningún aviso, aunque se lo dé un simple marinero, siempre que intervenga el elemento de la prudencia. El clínico sevillano observa la humildad que confiesa García da Orta en su práctica indiana: "primero provo as mezinhas dos meus doutores; quando não aproveitan, tomo as dos baneanos d'esta terra." Hay que poner sobre todas las cosas lo que dicen Hipócrates, Galeno y Avicena; pero si eso no sirve, el clínico acepta la experiencia de los buhoneros que trafican en la ruta de los monzones.

El médico del siglo XVI tenía un criterio para guiarse. Toda su ciencia debía dirigirse a combatir el humor
pecante. Los historiadores del arte nos dicen que la medicina se ha constituído en el siglo XIX adoptando la base
científica de los humores. Los alumnos de las escuelas
elementales saben ya lo que son los humores y que forman cuatro grupos. En el primero figuran los constituyentes: sangre, quilo y linfa; en el segundo los segregados; en el tercero los excrementicios, y en el cuarto
los productos mediatos, líquidos o semilíquidos.

Entonces se tomaba como humores constituyentes, en correspondencia con los cuatro elementos de Empédocles la sangre, la cólera, la flema y la melancolía. Estas

palabras andaban en labios de todo el mundo, y las pronuncia un personaje de Los dos habladores, entremés atribuído a Cervantes. Para entender las obras de los médicos de aquel tiempo, no sólo hay que definir los términos de que se valen, sino estudiar el mecanismo de la salud y de la enfermedad. Los cuatro humores se producen por descomposición y liquidación de los alimentos. En último término, la vida es un resultado del calor innato, residente en el corazón. Este calor se alimenta por el aire exterior que penetra en la respiración. Bajo su influjo, a expensas de los humores y por una especie de destilación, se producen las partes sólidas del cuerpo. Los humores que van renovándose a expensas del alimento deben guardar un equilibrio. La salud depende, pues, de este equilibrio de los humores y de sus cualidades respectivas, así como de su debida mezcla, o eucrasia. Si la mezcla normal se altera, tenemos la discrasia, que produce la materia morbosa. Entonces la Naturaleza, Physis, trata de dominar a la materia morbosa por medio del calor innato, llevándola del estado de crudeza al de cocción. La enfermedad pasa por tres períodos: crudeza (apepsia), cocción (pepsia), eliminación (crisis). La acumulación morbosa es la apostasia: apostema.

Veamos ahora cómo definen los términos de que se valen hasta las cocineras de Monardes.

"Cólera (1) es humor cálido, seco y amargo, que imita el color amarillo. Es uno de los cuatro que residen en el cuerpo humano. Se halla en el estómago, pasa a las venas y al intestino, y según la parte en que predomina o se destempla, causa diferentes enfermedades, como vómitos y otras. Son varias sus diferencias, porque también le hay frío y seco, que imita al color negro de centella

⁽¹⁾ Bilis amarilla.

muerta, otro que se compone de los dos referidos, por lo que se llama atrabilis, y así, otros muchos que conocen y distinguen muy bien los physicos." El Dioscórides de Laguna dice por eso: "Bebido un sextario de olio eiml con una hémina de agua, purga la cólera y los humores crudos."

Viene a continuación la flema (1): "su naturaleza es fría y húmeda. Críase principalmente en el estómago y auméntase en el invierno, y con los manjares fríos y húmedos, difíciles de cocer y pegajosos. Significa también pereza, lentitud, demasiada tardanza en las operaciones. Llámase así por la causa de que proviene, que es el humor de la flema."

Melancolía (2): "Uno de los cuatro humores del cuerpo humano que la medicina llama primarios. Es frío y
seco, y se engendra de la parte más posera del chylo, y
es como borra y heces de la sangre. Sirve de alimentar
las partes del cuerpo que tienen su mismo temperamento, como el bazo, los huesos, etc. Es voz griega, de quien
la tomaron los latinos y (escrita Melancholía) se pronuncia la ch, k." (3)

La diaria querella era humoral.

¿Debía combatirse el mal sangrando o purgando? Marcelino Boix en su Hipócrates aclarado, refiere la emulación de dos médicos que se encontraron cerca de la raya de Castilla y Aragón. Uno de ellos había estudiado en Alcalá de Henares; el otro en Valencia. Se produjo una epidemia de tercianas. El de Henares purgaba a los tercianarios, en tanto que el de Valencia los sangraba. El castellano sanaba a casi todos sus pacientes, y morían casi todos los del levantino. Preocupado por este desastre clínico, es-

⁽¹⁾ Moco, pituita.

⁽²⁾ Bilis negra.

⁽³⁾ Diccionario de Autoridades.

cribió a su maestro, del que recibió una contestación que decía: "No importa que ese médico castellano, con el método minorativo, salve a todos, y que a V. md. se le mueran los más, que él los cura sin razón y V. md. con ella. Aunque se mueran todos, non minore ningú."

Eran, efectivamente, notables la tenacidad y la rigidez con que se sangraba en Valencia. Bernardo Cajanes, barcelonés, cuenta cómo se hizo notable el valenciano Jerónimo Polo a causa de esta "perniciosa costumbre, pues a cuantos enfermos se le presentaban con calentura, los sangraba, sin atender al género, ni a la especie, ni a otras circunstancias, de modo que bajo el pretexto de que refrigeraban el hígado persistía en ellas hasta que la calentura desaparecía, o hasta que extraía el alma juntamente con la sangre, y mandaba doce y hasta quince sangrías en el espacio de diez días". Para ese médico, dice el mismo censor, no había jarabes, ni purgas, ni fomentos, ni nada que no fuera la extracción de la sangre, que otro médico creía comparable al agua de un pozo, más pura mientras más se saca.

A veces no se trataba de si debía o no sangrarse, sino de cómo debía hacerse. Clemente VII presidió en Bolonia "aquel singular y numeroso congreso médico, en el cual se discutió el tema, entonces candente y que traía preocupados a los profesores de Europa, acerca del lado más conveniente para sangrar en la pleuritis. Tomó parte en las discusiones el español Lobera de Avila, quien asegura que menos dos de los presentes, los demás votaron porque al principio de la pleuritis debiera sangrarse de partes sanas y remotas; pero cuando el mal está bien adelantado, de las partes más cercanas a la enfermedad, o en la misma parte, si es posible" (1).

⁽¹⁾ Luis Comenge: "Clínica egregia", pág. 348.

A los que se mofen de estas solemnes juntas de sangradores les recomendaré un comentario de Candide, el
espiritual semanario parisiense de este siglo XX que tan
remoto nos parece de aquél en que Lobera de Avila escribía sobre el tratamiento de la pleuritis por medio de
sangrías, y del que presenció los horrores del médico
valenciano.

"Violenta discusión en esta semana por los miembros de la Academia de Medicina, sobre la utilidad de la sangría.

"El profesor Terriot, de la escuela lyonesa, ha sostenido el pro. El profesor Caillard, de la escuela parisiense, ha demostrado que la aplicación de este método curativo produce accidentes graves, y en muchos casos la muerte del enfermo, y que numerosos médicos extranjeros renuncian a él después de ensayos poco afortunados.

"Pero el profesor Terriot contesta que el enfermo francés no se parece a los de otros países, y que la sangría producirá magníficos resultados siempre que se aplique en grande escala.

"El profesor Caillard protesta en nombre de la ciencia médica.

"Entonces dice el eminente catedrático de Lyon que la medicina no es sólo una ciencia, sino una profesión, y quienes la ejercen están obligados a reconocer que numerosas personas creen a ojos cerrados en los beneficios resultantes de la sangría. Debe pensarse en los colegas, en esos modestos prácticos que necesitan contar con los deseos de la clientela.

"El argumento venció las últimas resistencias. Y la Academia de Medicina votó un orden del día conciliatorio, al que se adhirió el profesor Caillard. El impuesto de san-

gre será obligatorio para todas las personas que no estén notoriamente afectadas de anemia."

Quitando a esta nota su malicia, puede servir para que veamos sin arrogancia el empirismo de aquellos sangradores que nos dejó en sus cuadros realistas Jan Steen y el de aquellos médicos de los interiores de Hoogstraten que examinan el frasco del purgante con la mirada del poseedor de enigmas. Estas escenas perpetuadas en los museos holandeses, representadas en la comedia satírica de todos los países y ampliadas en la literatura novelesca, no han desaparecido del todo. Algo queda de su ambiente regocijado en libros como el del doctor Bourget, de Lausana, al que habré de referirme.

Lo que este médico dice de los de su tiempo, ya lo decían en el suyo los del siglo XVI, citando a Razis, a Damasceno, que recomiendan curar con dieta antes que con medicamentos: Si cum sola dieta curare poteris, prospere in venies; Bonum est doctori qui cum dietis aegritudinem removeat vel curet si potest et non cum medicinis; Non accidunt aegritudines minus ex humorum paucitate quam ex ipsorum abundantia: et in hoc est error doctorum qui statim farmaciis uti volunt.

Luis Lobera de Avila, el autor de las Cuatro enfermedades cortesanas, en su sátira contra los médicos garruladores, cita a su señor, el Cardenal de Sevilla, que recomendaba obediencia cuando el médico ordena: No comáis,
no bebáis, no os sengréis, no os purguéis. Pero cuando
dice: Purgaos, sangraos, comed esto o lo otro, había que
pensar mucho. Porque, según el mismo Cardenal, y su
médico Lobera de Avila lo aprobaba, si hubiera dos Valladolides, sin discrepar el uno del otro, así en las influencias como en todo lo demás, sin faltar nada, y un Valladolid solo tuviera médicos, "en el Valladolid que oviese
médicos morirían más gentes".

¿Y cómo no si la lanza ha sido menos mortal que la lanceta, según Tourtelles, y si por cada médico auténtico había veinte fingidos que con permiso o sin él hacían curas, y cuando por cada médico auténtico capaz se contaban veinte, también auténticos, incapaces?

Existía un plan con tratamiento para los cuatro humores simultáneamente. Consistía en "fojas de sen, ruybarbo, torbita, magna, azúcar blanco, matalahuva y jengibre".

Los médicos discutían cuál era el humor pecante, si la enfermedad estaba ya cocida o cruda, y qué procedimiento debía seguirse: clísteres, purgantes, vomitivos, diuréticos, sangrías, ventosas.

Adoptada una sustancia por el principio contraria a contrariis, se la escogía según su puesto en la escala de Galeno, esto es, si era seca o caliente, fría o húmeda, y en qué grado. El primer grado es cuando apenas puede percibirse la acción del medicamento por los sentidos; el segundo, cuando éstos lo perciben claramente; el tercero, cuando llega a obrar en perjuicio del paciente; el cuarto, cuando puede ser nociva. Así, el opio es frío en cuarto grado, y la pimienta caliente en segundo.

Tomemos un ejemplo. El mal que Díaz de Isla llama serpentino. Oigase cómo habla de las dudas sobre su
tratamiento el habilísimo Luis Lobera de Avila. "Algunos
médicos e cirujanos no quieren curar esta enfermedad
al principio diciendo que esta enfermedad viene de humor
melanchólico: y este mal melanchólico es inobediente a natura e ha menester muchos días para digerirse y evacuarse, y si de presto se hiciese y se curase, que causaría
muchos daños, porque se evacuaría el humor subtil, y
del humor que peca no se evacuaría ninguna cosa, antes

se encandecería más y se haría más terrestre e indigesto."

¿Pero si el mal no era causado por humor melancólico, sino "de otros mixtos con melancolía natural o no natural, obedientes a natura, e benignos, como de mixtión della o de cólera"?

El Dioscórides de Laguna enseña que "la sangre humana en unos cuerpos se engendra roxa, en otros blanquecina o flemática, en otros amarilla y colérica". Y el Plinio, de Huerta: "El melancólico es triste; el sanguíneo, alegre; el colérico, airado, y el flemático, sufrido." Fray Luis de Granada ha aprendido de los médicos que como en la masa de la sangre vayan los cuatro humores de que están compuestos nuestros cuerpos, que son sangre, flema, cólera y melancolía, cada miembro, como si tuviese juicio y sentido, toma lo que conviene a su naturaleza". Y así dice Fragoso que "unas apostemas se hacen de sangre, otras de cólera, otras de flema, otras de melancolía, otras de agua, y algunas de viento."

Juan de Aviñón explica el mecanismo de los medicamentos escribiendo: "...e assí los quatro humores que son en el cuerpo del ome, ay melezinas ciertas para cada uno dellos, que los tira y los trae para sacarlos del cuerpo; ca el ruybarbo, fallando cólera o flema, tan aparejada la una como la otra, tirará la cólera y dexará la flema, porque ha natura para ella propriamente; y el agárico faze esso mismo en la flema; y la magna y la cañafístola alimpia de sangre; y el pértino y la piedra de asur la melancolía..." (1)

Otro pasaje del mismo médico, que nos interesa, puesto que Monardes editó su obra, y ha de haberla meditado, recomienda cautela en los medios de tirar los humores.

⁽¹⁾ Ob. cit., cap. XXXIV.

"La mejor de todas las maneras de vaciamiento para purgar el cuerpo es la del molificar y la del blandecer (espinaca, malvas, figos, passas y sus semejantes); por cuanto son viandas y melezina e non pueden traer daño alguno, debe ome usar y non otro mientras lo pudiese excusar."

Es prudente no comer, o comer poco en casos de indisposición, "y si por ventura hubiese gran gana de comer, y non se pudiere detener, use en el comienzo del comer, viandas molificantes y emblandecedoras, assí como figos y uvas, o ciruelas, o sus semejantes, o tome el caldo de una gallina, o del carnero, con una onza de azúcar blanco, dos o tres días, unos en pos de otros, y coma después su vianda templadamente. E si fuesse colérico, una onza de azúcar con un adarme de la matalahuva, y cuézala en medio de agua fasta que tome en la meytad, y bébalo. Y si fuesse flemático, en lugar de azúcar sea miel rosada y cuarto de onza de matalahuva. E si fuesse melancólico, sea con una onza de azúcar de cantueso."

CAPITULO IX

Un índice de materias

¿Cómo dividir las muchas de que trata Monardes? Formados por acumulación los libros que fué publicando sucesivamente, según el azar de las noticias que recibía, hay desorden y a veces repeticiones en la exposición.

Los animales ocupan un espacio muy pequeño, pues apenas están representados por el armadillo y los cangrejos.

Entre los minerales menciona el ámbar gris, el sulfur vivo, el betumen, la piedra de la sangre y la de la ijada, la que llama para la madre, y la que habría de ocupar un departamento por sus relaciones con el mundo de los animales y el de las plantas: la piedra bezoar o bezar. Dejó un Diálogo del Hierro, que tiene mucho interés, pero que es ajeno a este examen.

La mayor parte de los libros de Monardes están dedicados al estudio de los vegetales. Entre ellos hay algunos, que aun siendo susceptibles de otras aplicaciones, llaman la atención como plantas de adorno. Tales son el tabaco, el pimiento, la hierba del sol y las flores de sangre. Poco espacio dedica a las frutas, pues habla sólo de las piñas y de las guayabas. Como especias cita la pimienta luenga, la canela y el jengibre. E palo aromático, el ánime, el liquidámbar, la tacamahaca, la caraña y la higuera del infierno pueden formar un grupo. En otro pondríamos los bálsamos: dos especies de ellos y el de Topondríamos los bálsamos: dos especies de ellos y el de Topondríamos los bálsamos: dos especies de ellos y el de Topondríamos los bálsamos:

lú. Hay cuatro curiosidades: el pan cazabe, la coca, a la que no halla aplicación, las cuentas jaboneras y el árbol de la buena ventura.

La lista de simples para el uso de medicina es comparativamente larga. Los que más abundan son los purgantes: cañafístola, piñones, avellanas, habas, pinipinichia ruibarbo, michoacán y flor de Michoacán. En cambio, encontramos un solo estíptico: el leucoma. Como confortativos figuran la granadilla, el carlo santo, las cuentas de Santa Elena, el guacatane, la sangre de drago y la ambia. Menciona dos cáusticos: la cebadilla y la lechuguilla silvestre. Estudia, para riñones: cachos, hierba y palo; para dolor de ijada: paico; para heridas: carones y mastuerzo. Registra una hierba para quebrados y una verbena lombricera. Hay un contraveneno: la higuera; una granadilla antirreumática, y un depurativo: el pacal. Las medicinas para la sangre son el sasafrás, la china, la zarazaparrilla y el palo santo.

Aun cuando no será en este orden, voy a presentar separadamente los distintos grupos de las materias tratadas por Monardes.

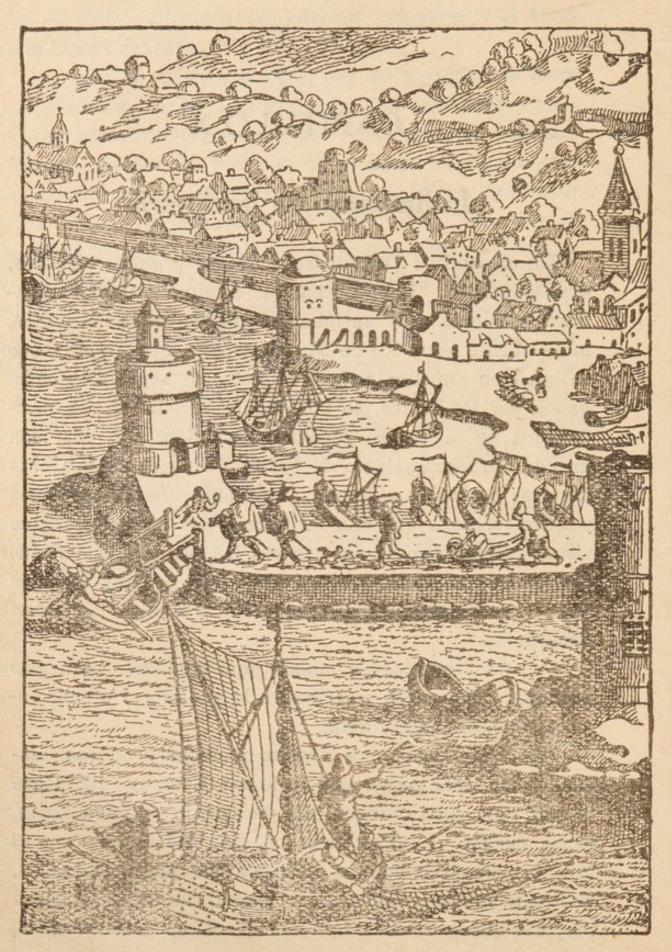
CAPITULO X

Indianismo de jardinería

En el capítulo Del tabaco y de sus grandes virtudes, dice Monardes: "Esta hierba, que comúnmente llaman tabaco, es hierba muy antigua y conocida entre los indios, mayormente entre los de Nueva España, que después que se ganaron aquellos reinos, de nuestros sepañoles, enseñados por los indios, se aprovecharon della en las heridas que en la guerra recibían, curándose con ella, con grande aprovechamiento de todos. De pocos años a esta parte se ha traído a España, más para adornar jardines y huertas, para que con su hermosura diese agradable vista, que por pensar que tuviese las maravillosas virtudes que tiene. Ahora usamos della más por sus virtudes que por su hermosura, porque, cierto, son tales que ponen admiración."

De estas virtudes no hablaré aquí dejándolo para más adelante. Sólo quiero referirme a lo que era el tabaco como elemento de jardinería.

"Es hierba que crece y viene a mucha grandeza, muchas veces a ser mayor que un limón. Echa un tallo desde la raíz, que sube derecho, sin declinar a ninguna parte. Echa muchos virgultos derechos, que casi igualan con el tallo principal. Su hoja es casi como de cidrón. Salteadas, vienen a mucha grandeza, en especial las bajas, que son mayores que de romaza. Son de color de un verde verdoso, y deste color es toda.



El puerto de Sevilla en el siglo de Monardes

"Es vellosa la planta, y sus hojas. Puestas en las paredes, enjardinan como los cidrones y naranjos, porque todo el año está verde y tiene hojas. Si algunas se secan son las bajas.

"En lo alto de toda la planta echa la flor, la cual es a modo de campanilla blanca, y en medio encarnada, que tiene harta gracia. Cuando se secan parecen dormideras negras. En ella está inclusa la simiente, que es en extremo menuda, de color leonado obscuro."

La pimienta de las Indias ocupaba también un lugar en la jardinería.

"No quiero dejar de decir de la pimienta que traen de las Indias, que no sólo sirve a medicina, pero es excelentísima, la cual es conocida en toda España, porque no hay jardín, ni huerta, ni macetón que no la tenga sembrada, por la hermosura del fruto que lleva.

"Es planta grande, tanto, que yo he visto en esta ciudad alguna que igualaba con algunos árboles. Echa las hojas verdes, a modo de albahaca de la ancha, que llama charranfoli. Echa unas flores blancas, de que sale el fruto, que es en diversas formas: unos pimientos son largos, otros redondos, otros, de hechura de melones, otros de cerezas; pero todos son al principio, cuando no están maduros, muy verdes, y maduros muy colorados, con un color muy gracioso." Después veremos el pimiento en la mesa y en el hospital.

Las flores de sangre. "Sembré una simiente que me trajeron del Perú, más para que viese su hermosura que porque tenga virtud medicinal. La hierba viene a ser de altura de dos palmos, poco más o menos. Las ramas echa derechas, con unas hojas redondas, muy verdes, delgadas. En lo alto de los ramos echa una flor de un amarillo muy encendido, que solamente lleva cinco hojas, y en medio de cada hoja está esculpida una gota de sangre, tan ru-

bicunda y tan encendida, que no puede ser más. Tiene esta flor al pie una cosa como una cogulla muy larga, que sale muy afuera de la flor. Es flor muy hermosa, que adorna los tiestos y los jardines, y nace muy bien de simiente y de cohollo."

De la hierba del sol dice:

"Esta hierba es notable, y aunque ahora me envían la simiente della, hace algunos años que la tenemos acá. Es hierba extraña en grandeza, que la he visto de dos lanzas en alto, y así lo es extraña en la flor, porque echa la mayor flor y más particular que jamás se ha visto, porque es mayor que un gran plato, la cual tiene diversos colores. Es menester que se arrime a alguna cosa cuando se cría, si no estará siempre caída. Su simiente es como pepitas de melón, algo caídas. Vuélvese esta flor de continuo hacia el sol, y por esto la llaman de su nombre, lo cual hacen otras muchas flores y hierbas. Parece muy bien en los jardines."

CAPITULO XI

Especería

Se reduce a bien poco. Ya lo he aicho: pimiento, pimienta luenga, jengibre y canela.

Los pimientos, llamados por Monardes pimienta de las Indias, gozaban de mucha estimación:

"Usan dellos en todos los guisados y potajes, porque hace mejor gusto que la pimienta común. Hechos tajadas y echadas en el caldo, es salsa excelentísima. Usan dellos en todo aquello que sirven las especias aromáticas que traen de Maluco y Calicud. Difieren en que las de la India cuestan muchos ducados. Estotra no cuesta más que sembrarla, porque en una planta hay especias para todo el año, con menos daño y más provecho nuestro."

La pimienta luenga, de Tierra Firme y Veragua, merece un elogio sin reservas: "tiene más acrimonia que la
pimienta que traen de la India Oriental, y pica más que
ella, y es más aromática, y de mejor olor que los axides
o pimientos de las Indias. Es muy gentil especia para
guisados, y para este efecto la usan todos en aquellas
partes."

Se pensó alguna vez en llevar a América especias del Oriente para aclimatarlas.

"Don Francisco de Mendoza, hijo del virrey don Antonio de Mendoza, sembró en Nueva España clavo, pimienta, jengibre y otras especias de las que traen de la India Oriental. Perdióse aquel negocio por su muerte. Sólo quedó el jengibre, porque nació muy bien en aquellas partes, y así lo traen verde de Nueva España y otras partes de nuestras Indias, y seco, del modo de lo de la India."

Al hablar de la canela, cuenta Monardes cómo proveyó Francisco Pizarro a su hermano Gonzalo de la gobernación de Quito, y cómo partieron de buena gana los españoles a ella, "porque iban asimismo a la tierra que llamaban de la canela, que era otra provincia, adelante de Quito. Era lo de la canela cosa muy divulgada entre los españoles, porque se entendía de los indios que era cosa de gran riqueza".

Gonzalo Pizarro fracasó en su conquista. Pero el árbol de la canela de América nada pide a la asiática, según Monardes, pues "gustado tiene el mismo sabor y fragancia que la misma canela que traen de la India de Portugal, y así queda en la boca la misma aromaticidad que si ella se gustara, con alguna estipticidad. Lo mismo hace moliéndola, que respira aquel olor que hace la muy fina canela, y en los guisados do ella se echa da el mismo gusto y olor que hace la canela de la India."

CAPITULO XII

Los exotismos de curiosidad

Son pocos, ya lo dije, en la lista de Monardes. Habla de la coca y del cazabe en la Tercera Parte.

"Deseaba ver aquella hierba tan celebrada de los indios por tantos siglos, que ellos llaman coca, la cual siembran y cultivan con mucho cuidado y diligencia, porque se sirven todos della para sus usos y regalos..."

Describe, en efecto, la aplicación que se hacía de la coca como alimento de ahorro, fabricando unas pelotillas con polvo de conchas quemadas que se mezclaba a las hojas de la hierba.

"Y cuando quieren usar dellas, toman una pelotilla en la boca, y chúpanla, pasándola de una parte a otra, curando conservarla todo lo más que pueden, y así van usando dellas todo el tiempo que las han menester, que es cuando caminan, en especial si es por partes do no hay comida, porque el uso destas pelotillas les quita la hambre y la sed, y dicen reciben sustancia, como si comiesen. Otras veces usan dellas por su contento, aunque no caminen..."

También conocía Monardes el uso que los indios hacían de la coca como estupefaciente, a la manera de los civilizados del siglo actual.

Acaso los viciosos de hoy pudieran aprender algo en lo que dice Monardes sobre los excesos de los indios. "Cuando se quieren emborrachar, o estar algo fuera de juicio, mezclan con la coca hojas de tabaco, y chúpanlo todo junto, y andan como fuera de sí..."

Ya del tabaco había dicho en la Segunda Parte que unida a sus muchas virtudes tenía, según sus noticias, poder emplearse como la de alimento de ahorro y la que no podría llamarse virtud, puesto que llevaba al vicio de emborrachar.

"Los negros que han ido destas partes a las Indias, han tomado el mismo modo y uso del tabaco que los indios, porque cuando se ven cansados lo toman por las narices y boca, y les acontece lo que a los indios, estando tres y cuatro horas amortecidos. Y quedan livianos, y descansados para más trabajar. Y hacen esto con tanto contentamiento, que aunque no estén cansados se pierden por hacerlo. Ya ha venido el negocio a tanto, que sus amos los castigan por ello, y les queman el tabaco, por que no usen dello. Y ellos se van a los arcabucos y partes escondidas para hacerlo; que como no se pueden emborrachar con vino, porque no lo tienen, huelgan de emborracharse con el humo del tabaco. Yo los he visto aquí hacerlo. Y dicen que cuando salen de aquel embelesamiento se hallan muy descansados..."

El tabaco fué conocido desde el primer viaje de Colón, y consta en el Diario del Almirante, con la fecha del martes 6 de noviembre de 1492, que, habiendo enviado a dos cristianos para que reconocieran la tierra cubana, "hallaron por el camino mucha gente que atravesaba a sus pueblos, mujeres y hombres, con un tizón en la mano yerbas para tomar sus sahumerios que acostumbraban". Las Casas puntualiza y aclara: "Siempre los hombres con un tizón en las manos y ciertas yerbas para tomar sus sahumerios, que son unas yerbas secas meti-

das en una cierta hoja, seca también, a manera de mosquete hecho de papel, de los que hacen los muchachos la Pascua del Espíritu Santo; y encendido por una parte dél, por la otra chupan, o sorben, o reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adormecen las carnes, y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes, o como los llamáremos, llaman ellos tabacos. Españoles cognoscí yo en esta Isla Española que los acostumbraron a tomar, que siendo reprendidos por ello, diciéndoseles que aquello era vicio, respondían que no era en su mano dejarlos de tomar. No sé qué sabor o provecho hallaban en ellos." Fernández de Oviedo habla de los tabacos, que eran en forma de Y mayúscula, y explica su uso, diciendo que se aplicaban los dos cañones en las ventanas de la nariz y ponían el troncal en la hierba. Recibían, pues, el humo por aquel conducto, hasta quedar "sin sentido, tendidos en tierra, beodos o dormidos."

Ximénez habla también de la borrachera del tabaco:

"Y tomando el polvo de las hojas por las narices en mucha cantidad, hacen que no sientan los azotes ni otros cualesquiera tormentos, como lo aconsejó un verdugo a un su amigo, que le mandaron dar doscientos por ladrón. Acrecienta las fuerzas y pone cierto ánimo y vigor muy increíble para sufrir los trabajos. Los que tomaren de la corteza cuanto cupiere en una cáscara de nuez, de tal manera se embriagan, que luego caen en tierra medio muertos y sin juicio, y así los que usan deste medicamento más a menudo de lo que conviene, pierden el color y traen la lengua seca y escabrosa."

Macías, el lexicógrafo cubano, califica de cuento la dulce y tranquila borrachera de tabaco. Dice que la borrachera de tabaco en vez de causar sueño y placer pro-

duce angustias mortales. Lo mismo pasa en todo envenenamiento accidental con sustancias a que no está acostumbrado el organismo; pero ignoramos lo que sería esa
borrachera cuando al abusar del tabaco procedían indios
y negros como hacen hoy los blancos afectos a la cocaína, el láudano y otras drogas empleadas para producir
placeres aberrantes.

Monardes pidió una hoja "de aquella planta de que se hace el pan cazabi". Mil veces había tenido en sus manos las tortas que los navegantes llevaban como bizcocho desde las Indias. Quería ver la yuca con sus propios ojos.

"Es cosa maravillosa lo del zumo que sale deste fruto, que si un hombre, o otro cualquier animal lo bebe, o toma alguna parte dél, luego muere, como con el más potentísimo veneno que hay en el mundo; pero si este zumo hierve y se consume la mitad, y se deja enfriar, sirve por muy buen vinagre, y se come y se usa dello, como el hecho de vino, y si lo cuecen hasta que se espese, sirve por miel que se hace dulce. Y diré otra cosa que pone admiración, que toda la yuca que nace en Tierra Firme, que es como la de Santo Domingo, de que hacen cazabi, es saludable, y el fruto della se come; y el agua que sale della se bebe, sin que tenga virtud alguna venenosa, y la de Santo Domingo, como quiera, comida, y su zumo sin cocer, mata. Y que sea tanta parte la disposición del lugar, que lo que es saludable y loable mantenimiento en Tierra Firme, el mismo sea veneno mortal en todas las islas, como dice Columela del durazno, que era veneno pernicioso que mataba en Persia, y traído en Italia, perdió aquella malicia y oficio que tenía de matar, y nos da salud y suaves zumos."

El coto de Pomona

Por lo que respecta a especies frutales, más ganó América que Europa.

El Nuevo Mundo recibió las naranjas, los melocotones, los higos, los albaricoques, las manzanas, las peras y las uvas. Esta enumeración es muy incompleta, pero basta para marcar la diferencia.

¿Qué se dió en cambio a Europa? Carlos V admiraba la piña, y Monardes dice que era la más celebrada en todas las Indias, así de los mismos indios como de los españoles.

A continuación escribe un capítulo sobre la guayaba que tiene escaso interés, puesto que la fruta es bien conocida.

Con más extensión habla de la batata, aunque incluída en el capítulo dedicado al pan cazabe. Después de enumerar los usos que se hacen de ellas en dulcería, consigna este dato:

"Hay tantas en España, que traen de Vélezmálaga, cada año, aquí a Sevilla, diez y doce carabelas cargadas déllas." The second secon

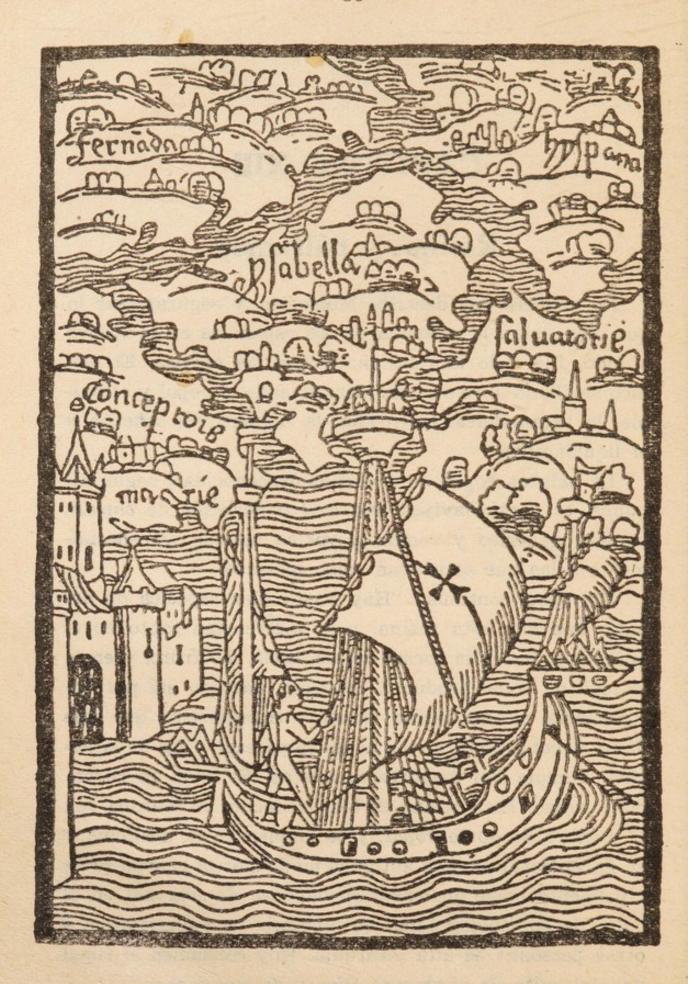
CAPITULO XIII

Resinas y bálsamos

Lo primero que describe Monardes, y seguramente lo que más llamó la atención de los españoles en el Nuevo Mundo, fué todo lo relacionado con las resinas. El médico sevillano abre su libro describiendo el copal y el ánime, la tacamahaca, la caraña, la higuera del infierno y el liquidámbar.

La palabra copal, de radicales desconocidas, según algunos, es para Clavijero voz azteca derivada de copalli, nombre genérico y común a varias resinas, y especialmente a las que se usaban como incienso.

Clavijero continúa: "Hay hasta diez especies de árboles que dan esta resina, y se diferencian tanto en el nombre como en la forma de las hojas, del fruto, y en la calidad de aquel producto. El copal, llamado así por antonomasia, es una resina blanca y transparente que sale de un árbol grande, cuyas hojas se parecen a las de la encina, aunque son mayores que éstas. El fruto es redondo y rojizo. Esta resina es bien conocida en Europa con el nombre de goma copal, y se emplea en la medicina y en hacer barnices. Los antiguos mejicanos la usaban principalmente como incienso, sirviéndose de ella así en el culto de sus ídolos como en obsequio de embajadores y otras personas de alta jerarquía. Hoy consumen el copal para el culto de verdadero Dios y de sus santos."



Exploraciones marítimas en América

El copal era de uso constante y muy generalizado hasta en las casas particulares. Los jueces, dice Sahagún, cuando habían de ejecutar algún acto de su oficio, antes que le comenzasen echaban copal en el fuego para demandar ayuda a sus dioses, y los cantores de los areitos, con la misma reverencia se preparaban. Nada tiene, pues, de sorprendente que, como escribe Monardes, "cuando los primeros españoles fueron a aquellas partes les salieran a recibir los sacerdotes con unos brasericos chicos, quemando en ellos este copal, dándoles humo a narices." O se les adoraba como dioses o se les hacía acatamiento como embajadores.

Monardes va directamente a la enumeración de las virtudes medicinales de cada especie. Siendo todas calientes, el copal y el ánime en el segundo grado, la higuera del infierno en la primera mitad del segundo, la caraña en más que el segundo grado, el liquidámbar casi en el tercer grado y la tacamahaca casi en el principio del tercer grado, y siendo además el diquidámbar y el copal y el ánime húmedos en el primero, y la tacamahaca y la higuera del infierno secos en el segundo, el físico los aplicaba, siempre con buenos resultados, según la obra que de esas resinas quería obtener. Males de cabeza y dolor de ella, causado de humores fríos? ¿Catarros después de evacuación? Monardes mandaba ahumar los aposentos en invierno con ánime, para purificar y corregir el aire corrompido. A los que se disponían para dormir, si tenían jaqueca, les sahumaba los tocados. Aun la misma cabeza recibía el sahumerio, y así se confortaba.

¡Y qué maravillosos emplastos hacía! Dos tercias partes de áninme y una de cera eran capaces de sacar el frío de cualquier miembro. Aplicado al estómago no tenía rival; si se ponía en la cabeza, el enfermo daba las gracias.

La tacamahaca, de la que habla Santa Teresa, pues aun siendo resina de la Nueva España se la enviaban de Quito, era un prodigio para resolver, madurar y deshacer hinchazones, así como para quitar instantáneamente dolores si resultaban de humores fríos. Pero lo que popularizó la tacamahaca fué que no hubo caso en que, aplicándola como emplástico sobre el ombligo, dejase de hacer obra inmediata para el mal de madre. Las dolientes dejaban de sentir el ahogo, y los maridos, levantando los brazos al cielo, pagaban cuanto les pedía el boticario por una onza de aquella resina de color gálbano. Si la enferma se desmayaba, perdiendo el sentido-a causa de la sofocación, un sahumerio la despertaba. Dueñas y comadronas, admirándose de los efectos de la droga, llevaban de casa en casa la noticia. Los hombres también hacían acopio: los unos para el reuma, los otros para las muelas, los envarados para mover el pescuezo. Mayores efectos producía si mezclándole estoraque y ámbar, hacían el emplasto de la buena digestión y del aperitivo. El enfermo no se reconocía y el médico quedaba sorprendido de los pasos con que llegaba la salud. Algunas mujeres curiosas no dejaban de poner un poco de almizcle a la receta, y el resultado era que los males se iban como si los quitaran con la mano.

Había gotosos decepcionados que, después de experimentar cuantos medicamentos conocía el arte, se daban ya por vencidos cuando llegó la noticia de una novedad: la caraña. Esta resina volvía el movimiento al brazo que llevaba largo tiempo de estar inmovilizado por una pasión de junturas. Deflujos, corrimientos de humores fríos o

mixtos, y hasta pasiones de nervios y dolor de "celebro", cedían fácilmente apenas se ensayaba la caraña.

Esto no le resta mérito al aceite de la higuera del infierno, novedad llevada de Jalisco, que Monardes, viciosamente, escribía Gelisco—provincia de la Nueva España—. Bueno este aceite de higuera para todo lo que se curaba con las otras resinas, probó excelentemente para una enfermedad horrible, consistente en dolores agudos y vómitos excrementicios por oclusión intestinal. El íleo, cólico miserere, llamado entonces íleon, desaparecía completamente. Monardes visitaba a un caballero que durante años enteros vomitaba la comida, y untado el vientre con esta sustancia quedó bueno.

El liquidámbar—ocozol de los aztecas—aprovechado para sahumar y en cosas de olores, gastándolo como estoraque, porque "su humo y olor parece ser dello", haciendo pastillas y pebetes, es de tanta virtud como las otras resinas. Lo que más notoriedad le daba era que olía desde lejos sin quemarlo.

El bálsamo de la Nueva España era una de las sustancias que más pronto y más universalmente conquistaron un puesto eminente en la farmacopea.

"Traen de Nueva España aquel licor excelentísimo, que por su excelencia y maravillosos efectos llaman bálsamo, a imitación del verdadero bálsamo, que había en tierra de Egipto, y porque hace tan grandes obras, y remedia tantas enfermedades, se le dió tal nombre. Hácese de un árbol mayor que granado, lleva las hojas al modo de las ortigas, cerradas y delgadas. Llámanlo los indios xilo, y nosotros a lo que sale dél, bálsamo."

El xilobálsamo, o por su verdadero nombre huitziloxitl—ungüento del colibrí—por la trementina—ojite—con que los sacerdotes de Huitzilopochtli pegaban las plumas de colibrí en la pierna izquierda. Robelo da todas estas explicaciones en su Diccionario de Aztequismos. Y Clavijero dice cómo se sacaba la resina.

"El huitziloxitl, que destila el famoso bálsamo, es un árbol de mediana elevación. Sus hojas son semejantes a las del almendro, aunque algo mayores. La madera es rojiza y olorosa; la corteza cenicienta, pero cubierta de una película del color de la madera. Las flores, que son de un color pálido, nacen en las extremidades de las ramas. La simiente es pequeña, blanquizca y encorvada, y pende de un filamento delgado, de media pulgada de largo. En cualquier parte que se haga una incisión, especialmente después de llover, se ve manar aquella exquisita resina, tan apreciada en Europa, y que en nada cede al famoso bálsamo de Palestina. El de Méjico es de un rojo negruzco o de un blanco amarillento. El sabor es acre y amargo, y el olor intenso, pero sumamente agradable. El árbol del bálsamo se encuentra en las orillas del río Pánuco, en Chiapas y en otras tierras calientes. Los reyes mejicanos lo hicieron trasplantar al célebre jardin de Huaxtepec, donde prendió felizmente, y de allí se propagó por todas aquellas montañas. Algunas indios, para sacar mayor cantidad de bálsamo, queman las ramas del árbol después de hacer la incisión. Como estas preciosas esencias son muy comunes en aquellos países, no se curan de la pérdida de algunas de ellas, por tal de no aguardar la destilación, que suele ser lenta. Los antiguos mejicanos sacaban el opobálsamo, o lágrima destilada, y, además, el xilobálsamo, por la decocción de las ramas."

Monardes añade algunos datos sobre esta decocción, uso común entre ellos:

"Toman las ramas y troncos del árbol, y los hacen tajadas, las más menudas que pueden, y échanlas en una caldera muy grande, con mucha cantidad de agua. Hierve allí lo que ven que basta, y después déjanlo enfriar, y cogen el aceite que nada encima, con unas conchas, y aquello es bálsamo que viene a estas partes y que comúnmente se usa. Su color es rubio que tira a negro; es odoractísimo y de olor muy gracioso; no se sufre tenerlo en menos que plata, vidrio o estaño, o cosa vidriada, porque todo lo demás penetra y pasa El uso dél solamente es en cosas de medicina, y es muy antiguo su uso, casi desde que se descubrió y ganó la Nueva España, porque luego tuvieron noticia dello los españoles, porque se curaron con ello las heridas que de los indios recibían, avisados por ellos mismos, porque veían que los indios mismos se curaban con ello."

Al principio valía una onza, en Sevilla, diez y hasta veinte ducados. En Roma no se vendía por menos de cien ducados. Pero la ganancia excitó la codicia, y aumentando la oferta bajó el precio hasta envilecerse. Llegó a ser el más corriente de tres o cuatro ducados por arroba. En pequeñas cantidades el bálsamo se daba gratuitamente. Y ocurrió entonces un fenómeno muy gracioso: la desestimación económica se tradujo en desdén terapéutico. Después volvió a valer, y volvió a tenérsele en mucho, como vemos por lo que dice Clavijero en el siglo XVIII.

Monardes creía que si las Indias sólo se hubieran descubierto para dar el bálsamo, era bien empleado el trabajo de los españoles; porque, seca la viña del bálsamo de Egipto, "tuvo Dios Nuestro Señor por bien darnos éste de la Nueva España, empleado para uso interno y externo, así como para cosa de chirurgía."

En ayunas cura el asma, quita los males de la vejiga y regulariza el período de las mujeres. En mecha es infalible para males antiguos de estómago. Lamiendo unas gotas por la mañana conforta el estómago, rectifica el hígado, da buen color al rostro, purifica el anhélito, alarga el pecho, deshace opilaciones y conserva la juventud.

"Yo conocí una persona de mucha calidad que lo usaba, y con ser de mucha edad, parecía mozo, y vivía sin achaques después que lo usaba. Ptíficos lo han usado, y algunos les ha aprovechado. Algunas señoras que no parían lo han usado en forma de mechas, para purgar la madre, y les ha aprovechado."

Es inútil hablar del uso externo, el mismo de las otras resinas, para las enfermedades. A los heridos se les aplica, y sanan por la primera intención.

Un día, después de experimentarse el bálsamo por decocción, que llevaban de la Nueva España, y desesperando
los médicos y boticarios de que se les enviara el producido por incisión, que es el bueno, llegó de la Tierra Firme
un bálsamo sacado por incisión, una milagrosa lágrima
blanca y clarísima, de suavísimo olor y de efectos que dejaron a todos admirados. Si el bálsamo hecho por cocimiento fué causa de tales prodigios, ; a qué no llegaría
el del árbol sudamericano?

Pero había un peligro. Ningún licor indiano debía tomarse, como lo aconsejó desde luego Monardes, lamiendo directamente las gotas de la resina, sino echándolas en
una cuchara, con un poco de vino o de agua rosada, para
evitar que toque en la lengua el medicamento, pues produce desgana de comer y aborrecimiento de una substancia tan beneficiosa.

La última parte de la obra de Monardes trae al final un capítulo—himno más bien—que pondera "la mejor cosa y de mayores virtudes de cuantas habían bebido de aquellas partes". Era el bálsamo de Tolú. Su olor, si se restrega con ese licor la mano, es de jazmines, y su fragancia de limones.

Nada mejor para las heridas. Eficacísimo en las de

junturas, no tiene precio en las penetrantes, mezclado con vino blanco y jeringando una vez al día.

El asma y la tisis encontraron un enemigo mortal en el bálsamo de Tolú.

Para todo lo que se cura con fricciones, unturas y emplastos no se puede ponderar su obra.

"Otros muchos efectos hace este maravilloso licor, que yo no he sabido. Los que yo he alcanzado dél, manifiesto a todo el mundo, para que se aprovechen de tan maravillosa medicina, que tiene tantas virtudes como han oído, y cada día descubrirá el tiempo otras mayores."

I have as after resolution being our property to the second

CAPITULO XIV

Domus purgantur lustranturque

Para un médico del siglo XVI, y más para un médico que sintió constantemente la compulsión disciplinante de la realidad, lo que sobre todo interesaba era una simpli-



Médico, abogado y artesanos diversos. (De un incunable impreso en Zaragoza en 1491.)

ficación de los procedimientos usuales. No querían tanto sustancias capaces de operar milagros cuanto las que por vía explorada facilitasen la acción curativa.

La cañafístola, los piñones, las avellanas, las habas,

el pinipinichi, la raíz de Michoacán, la flor que lleva el mismo nombre, sin ser de la misma tierra, el ruibarbo, tenían para Monardes un interés muy especial. El buen purgante es la base de la terapéutica.

"Traen de diversas partes de las Indias nuestras, muchas medicinas purgativas, que se han hallado y descubierto con el tiempo, que son grandes sus obras y efectos, de las cuales daré aquí una buena relación para que sea preludio para tratar de la raíz de Mechoacán, de que fué nuestro principal intento escribir.

"Viene de las islas de Santo Domingo y de San Juan de Puerto Rico mucha cantidad de cañafístola, y es tanta, que no solamente se provee España della, pero también Europa, y casi todo el mundo, porque a Levante, do ella solía venir, van más naos cargadas della, que viene hierro de Vizcaya. La que viene de nuestras Indias es muy más mejor, sin comparación, que la que traían de India a Venecia, y las galeazas de ahí a Génova, y de Génova a España, que cuando acá venía, con no ser ella buena, porque era muy delgada, y por madurar, con el tiempo tan largo venía ya tan corrompida que aprovechaba poco.

"Esta nuestra que traen de Santo Domingo y San Juan es madura, gruesa, llena, pesada, melosa y fresca, tanto que muchas veces viene desde sesenta días que se cogió, y con ser fresca es de gracioso gusto, y no del olor horrible que era la de Levante, y así hace su obra muy mejor y con gran facilidad."

Las habas purgativas, como la cañafístola, hacen obra de seguridad, porque minoran benignamente. No así las avellanas y los piñones de Indias; aquélla, purga fortísima, con exceso de cámaras y vómitos congojosos; éstos, menos bravos. Pero tostando las habas y los piñones puede obtenerse un medicamento sin tanta furia. La leche

de pinipinichi, procedente de Tierra Firme, es también de lo que no debe prodigarse, y tomarse con "gran guarda y buena orden". Todas estas medicinas quedaron destronadas, menos la cañafístola, cuando llegó la raíz de Michoacán.

"Tráese de una región que es adelante de Méjico, más de cuarenta leguas, que se llama Mechoacán, la cual conquistó don Hernando Cortés, año de 1524. Es tierra de mucha riqueza de oro, y mayormente de plata, porque en esto es la más rica tierra que hay en aquellas partes, y se tiene entendido que toda aquella tierra es plata, por más de doscientas leguas. Aquí están aquellas minas tan celebradas, y de tanta riqueza, que llaman los Cacatecas, y cada día se van descubriendo en la tierra muy ricas minas de plata, y algunas de oro. Es tierra de muy buenos y sanos aires, que produce hierbas salutiferas para sanar de muchas enfermedades. Tanto, que en tiempo de los indios los comarcanos venían a ella, para sanar de sus males y enfermedades, por las causas dichas. Es tierra muy fértil, y muy abundosa de pan, y de caza y frutas. Tiene fuentes muchas, y algunas de aguas dulces, que tienen mucha abundancia de pescados. Son los indios de aquella tierra más bien dispuestos y de mejores rostros que los comarcanos, y aun más sanos."

Monardes conoce el principal de los lugares de aquella provincia, por la fama que llega hasta los sevillanos. Oyen éstos hablar de Chincicila, situado cabe una laguna de agua dulce y de muy mucho pescado. La isla es como una herradura, y en medio está asentado el lugar... Ya el lector se habrá dado cuenta de que Monardes habla de Tzintzuntzan, de la famosa laguna de Pátzcuaro y de la isla de Janicho, que el médico andaluz confunde con Tzint-

zuntzan (1). Las minas de Zacataces, bien lejanas, por cierto, de Michoacán, son otro dato de geografía imaginaria que Monardes relaciona con las virtudes atribuídas a la raíz de Michoacán o ruibarbo de las Indias. El padre guardián de los franciscanos, enfermo de una pertinaz indisposición que aquejaba también a otros religiosos, recibe la visita de un médico indio enviado por el cacique. Los frailes toman los polvos que les da el médico en un poco de vino, y sanan. La fama de la raíz de Michoacán se extiende. Llega a Méjico, pasa al Perú y también a Europa. La experiencia es digna de que se conozca por el relato de Monardes, quien habla así de cómo tuvo conocimiento de aquella raíz:

"Ahora treinta y cuatro años que yo la vi aquí la primera vez. Que como un Pascual Cataño, ginovés, viniese de Nueva España, cayó en viniendo enfermo, y como le curase, al tiempo que le quise purgar, me dijo que él traía un ruibarbo de Nueva España, que era medicina excelentísima, con la cual se purgaban todos en Méjico, que llamaban ruibarbo de Mechoacán, y que él se había purgado muy muchas veces con ello, y le había sucedido muy bien, que si alguna purga había de tomar, que tomaría aquella de que tenía crédito y experiencia. Yo le abominé el uso de semejantes medicinas nuevas, de que no teníamos cosa alguna escrito, ni sabido, y persuadíle se purgase con las medicinas que acá teníamos, de que tanta experiencia y conocimiento había, y estaba escrito dellas por sabios varones. El comedió a mis palabras, y purgóse con una purga que yo le di, como le convenía a la enfermedad, con la cual, aunque se le siguió notable alivic y provecho, no quedó libre de la enfermedad, de

⁽¹⁾ A Monardes le llega el nombre azteca de Tzintzuntzan, que es Huitzitzin, convertido por los cronistas en Uchichilei.

modo que fué necesario purgarse otra vez, y cuando venimos a la segunda purga, no quiso tomar otra sino su ruibarbo de Mechoacán, con el cual purgó tan bien, que quedó sano y sin ninguna enfermedad. Aunque me pareció bien el efecto, no quedé satisfecho hasta que otros muchos que vinieron en aquella sazón, y enfermaron, se purgaron con el mismo mechoacán, y les fué muy bien con él, porque eran acostumbrados a purgarse con ello en Nueva España. Vistas sus buenas obras en tantos, comencé de usarlo y purgar a muchos con ello, dando crédito a sus buenos efectos".

De Sevilla pasó la medicina indiana a toda la Península, a Italia, a Alemania y a Flandes. Monardes enviaba relaciones "así en latín como en nuestra lengua". Sólo un droguero de Sevilla vendió diez quintales en el año anterior al último tratado de Monardes.

El médico sevillano deseaba conocer la planta viva y logró satisfacer su curiosidad por la que tuvo un fraile franciscano en llevar desde una tierra situada más allá de la que da nombre a la planta, acaso desde Colima, un barril grande donde se conservó la propia hierba verde con toda su lozanía.

Las curas que con ella podían hacerse no tenían fin. Lo mismo servía para evacuar humores coléricos, gruesos permixtos, que flemáticos, viscosos y pútridos, asi como para entrambas cóleras y el agua cetrina de los hidrópicos. Mundificaba y confortaba el hígado, el estómago y el bazo. Resolvía y expelía. Quitaba dolores de cabeza antiguos, vahídos y gota coral. En lamparones o escrófulas, en pasiones de junturas, de urina y de vejiga quedó acreditado. Para mal de madre, tos crónica, asma y otros muchos males, la raíz se recomendaba como eficacísima. ¡Y qué facilidad para tomarla! Preparado el cuer-

po con un buen regimiento, jarabes, clisteres y aun sangría, si el médico la aconsejaba, se tomaba el polvo en vino, en infusión de canela, anís o hinojo. Como no es para fiebres agudas, sino crónicas, lo mejor es el vino aguado, si se prefiere con endibia, lengua de buey o almirones. Todavía, para mayor deleite, si se quiere, puede darse el polvo con una conserva violada, con un jarabe violado, electuario rosado de mesúa, y después vino aguado o agua de las que mejor sepan al paladar. Aun había otros medios para personas melindrosas: obleas, suplicaciones, píldoras en mazapanes. Si los polvos se echan en jarabe rosado de nueve infusiones, no hay sino desear que sea necesario tomarlos para sentir efectos portentosos. Se toma la purga por la mañana, se duerme sobre ella y se despierta el enfermo en el mundo de la euforia. Para que así sea, si hay peligro de vómito por excesiva susceptibilidad, tome una yema de huevo, salada y caliente, póngala en un lienzo ralo y colóquesela en el hoyo de la garganta, llamado comúnmente olla, hasta que empiece el efecto de la purga.

Esta raíz michoacana, "blanca en el color, graciosa en el olor, fácil de tomar, sin pesadumbre en el obrar", iba a ser destronada. Pero no lo fué porque se negaran sus virtudes. Todo lo contrario. La corona quedó en la dinastía. Sucedió que habiendo llegado de la costa de Nicaragua y de Quito la misma especie, con ventajas sobre la de la Nueva España, fué consagrada como Flor de Michoacán.

CAPITULO XV

Palo santo y zarzaparrilla

Con el palo santo se curaba la hidropesía, el asma, la gota coral, la vejiga y los riñones. En general, solía recomendarse para pasiones de junturas, males causados de humores fríos y ventosidades, por ser el palo caliente y seco en segundo grado. Nótese que Monardes no menciona el tratamiento mercurial. Defiende y representa una reacción. Es el indianismo puro, frente al europeísmo de los mercurialistas.

Después del guayacán y el palo santo, viene una raiz, llevada por los portugueses de China. A esta causa se debió que la llamara con el nombre de ese país, pero también la produjo Nueva España, de donde la recibían los sevillanos. A diferencia del palo santo, era poco caliente y no daba sed. Teníasela por noble medicina, diaforético excelente, administrado en todos los males que se curaban con el guayacán y el palo santo.

Esta raíz de China es lo que los indios llaman cozolmecatl, palabras que los españoles de Méjico simplifican
convirtiéndola en cozolmeca. Según don Cecilio A. Rovelo, literalmente significa mecate o soga de cunas, porque es un arbusto del que hacían las mujeres cunas para
sus hijos. Ximénez habla de las virtudes diafonéticas de
esta planta, diciendo que "apenas se hallará enfermedad
en tan inmenso número y variedad de enfermedades a
quien esta divina planta no sea de provecho, de manera

que se puede con mucha razón afirmar que por sólo haberse hallado esta planta y dádose a conocer a la gente de nuestro orbe, han conseguido su fin los soberanos intentos del Rey Nuestro Señor, y no se han hecho en balde tantas costas y gastos tan inmensos, ni se ha perdido el trabaxo, ni el tiempo que en ello gastó el doctor Francisco Hernández en escribir esta historia."

La lista aumentó con otro simple: "la zarzaparrilla es cosa venida a nuestras partes, después de la china, ahora veinte años que vino el uso della a esta ciudad. Trájose la primera vez de Nueva España, porque la usaban los indios por gran medicina, con que curaban muchas y muy varias enfermedades."

El uso era caprichoso. Cada cual hacía sudar a su enfermos según lo que más acertado le parecía.

Monardes compuso un jarabe de zarzaparrilla que ganó fama, y, lo que es más, la sostuvo.

"Yo hago un jarabe que está muchos años ha celebrado en esta ciudad y en toda España, que hace veinte y seis años que uso, el cual no calienta ni inflama, sino con mucha templanza, según su graduación, hace sus buenos efectos. El primero para quien se ordenó fué para Pantaleón de Negro, ginovés, el cual estando ya curado de muchos médicos y haber tomado el agua del palo santo y otros medicamentos, ya casi consuncto, y con un torondón en la espinilla, y graves dolores en ella, lo tomó, y sanó muy bien."

Hubo la locura de la zarzaparrilla, como actualmente la de la aspirina, que todos recetan y todos toman para codo, sin consulta de médico; proceda o no proceda su empleo.

"Es tanto el uso del agua de la zarzaparrilla el día de hoy en la forma dicha—escribe Monardes, refiriéndose a los polvos y al agua simple—, que a cualquiera enfermedad se aplica, y ha venido a tanto, que en cualquier achaque que sea, como no sean fiebres o enfermedades agudas, luego toman agua simple de la zarzaparrilla, y esto está el día de hoy tan puesto en el uso, que así hallarán agua cocida de zarzaparrilla simple en muchas casas, como agua en las tinajas, y cierto hace grandes efectos y remedia largas e importunas enfermedades. Verdad es que a las personas muy calientes de complisión, las calienta más de lo que conviene, y así no la pueden beber, mayormente si tienen en exceso caliente el hígado, porque lo calienta mucho."

Primero recibió España la zarzaparrilla mejicana, después la de Honduras, mejor que la mejicana, y más tarde la del Perú, que era considerada superior. Pero se acabó la zarzaparrilla del Perú, y volvieron los farmacéuticos a surtirse de la hondureña, hasta que finalmente se impuso la de Guayaquil.

"Tiene este río que llaman de Guayaquil, acerca de todos los que habitan en aquellas partes, así indios como españoles, grandes virtudes, y con el agua dél sanan de grandes enfermedades; y a esta causa vienen de más de seiscientas leguas a curarse en él: unos se curan lavándose en él y bebiendo su agua, y otros se curan con beber la zarzaparrilla que en él se cría. Y tienen entendido que la virtud que tiene es tomada del agua del río, con que muchas veces se baña. El uso del agua del río es frecuente, y muy usada por los indios, y por muchos españoles, bañándose muchas veces en ella, y tomando por la mañana cuanta en muchas veces pueden beber: orinan mucho y sudan mucho, y con esto se curan. Que casi es el modo que se curan en los baños de Luca y de Puçol y de otros muchos que hay en Italia, y como usan del

agua de la fuente de Lieja, que sana tantas y tan diversas enfermedades: deste modo usan del agua del río de Guayaquil, con bañarse en ella y con beberse della mucha cantidad."

El sasafrás o sasifragia de la Florida, revelación hecha por los indios a los franceses y por los franceses a los españoles, era medicina de mucha fama. Los soldados que volvían a España se la mostraban a Monardes, sacándola de la faltriquera, y le decían: "Veis aquí, señor, el palo, que todos lo traemos con nosotros, para curarnos con ello si cayéremos malos, como hemos hecho allá."

Monardes, aunque como escéptico no daba crédito a cosas de plantas y hierbas exóticas, pues de ellas se dice mucho y se sabe poco, viendo aquella unanimidad, resolvió hacer un experimento de aquella corteza, odorata como la canela, a la que imita en el color, en la acrimonia y en la fragancia, dando una agua olorosa y aromática.

"Y cierto que es cosa de muy gran contento sanar con sólo beber agua olorosa, que se toma y bebe sin ninguna pesadumbre y que haga lo que no hicieron las medicinas y jarabes ásperos y de mal sabor y gusto. Los que bebían vino, aguaban el vino con ella, y se hallaban bien con ello."

Lo más extraordinario es que sanaron con el sasafrás muchos enfermos de tercianas rebeldes, dadas ya por incurables o abandonadas a lo que buenamente hiciera un régimen.

"El curar esta agua de la sasafrás tercianas notas y fiebres largas importunas, diré lo que pasa. En este año que escribo esto, ha habido en esta ciudad muchas tercianas notas, tan importunas, que ninguna cosa de me-

dicina bastaba para quitarlas y desarraigarlas, tanto, que muchos dejábamos con sólo buena orden y buen regimiento, sin curarlas más. Quedaban opilados, y con mala color de rostro, y algunos, hinchados.

"Y en este tiempo fué cuando el adelantado Pedro Meléndez (1) vino de la Florida, y se trajo en común este palo de sasafrás, y como todos lo alababan tanto, muchos de los tercianarios tomaban el agua del sasafrás, siendo la orden que los soldados les daban, y cierto, yo vi en esto maravillas, porque sanaron muchos con el uso della, no sólo de las tercianas, que tanto les molestaban, pero de las opilaciones y mala color que tenían. Y visto esto, yo la hice tomar a otros, que sin consejo no osaban hacerlo, y les fué muy bien. Pero hase de mirar cómo se da, que lleve el negocio orden y método."

⁽¹⁾ Pedro Menéndez de Avilés, navegante y soldado de fama.

ASSOCIATED DE CONTROL DE CONTROL

(14)

CAPITULO XVI

Maravillas del reino mineral

Monardes llega a una provincia que el lector profano de nuestros días encontrará poco adecuada para las disertaciones y aun para el entretenimiento de un médico culto. Hablo de los prodigios de las piedras preciosas. No nos alarmemos indebidamente. Monardes, como Orta, dice:

"Há humas mentiras tao grossas, que nao he bem, nem merecem ser reprenhendidas, senao leixal-ho passar avante, até que dem doze badaladas, como relogio de meio día."

O en otros términos: el hombre discreto procura no distraerse de sus ocupaciones, refutando lo absurdo, y deja que las mentiras descomunales den las doce campanadas con que todo el mundo acaba por conocerlas. ¿Qué más da impedir el reinado de la impostura, cuando ella, por fuerza del escándalo, se desprestigia?

Monardes nos muestra ideas muy positivas cuando trata del hierro. En el opúsculo que le dedica, dice, hablando del hombre que busca las riquezas minerales:

"Si tanta gana tiene de ver metales preciosos, yo lo llevaré a parte do verá un metal muy más preciado y de mayor estima que el oro y la plata que deseaba, y mucho mejor, y de más provecho que las esmeraldas; que esto de las piedras no es otra cosa sino opinión que se tiene dellas, que pocos milagros habemos visto de lo que se escribe dellas, que si no es por sacar el dinero de una bolsa, y echarlo en otra, no sé que tengan otra virtud."

Y más adelante:

"El hierro es el verdadero metal preciosísimo que sirve al mundo, sin el cual no podríamos vivir."

Para la terapéutica vale más que cualquiera otro de los metales:

"Liman el hierro y acero en medicina, con grandes efectos y maravillosas obras..."

Atendamos. "Vigoriza el cabello; mezclado con vinagre, y hecho ungüento con aceite mirthrino y cera, quita las pústulas en todo el cuerpo; si se le reduce a polvo, añadiéndole mirra, suelda y sana llagas recientes; con vinagre resuelve almorranas..."

Monardes niega las virtudes curativas que se atribuyen al oro. El no sería capaz de poner a un enfermo anillos en la boca mientras se le aplica la unción mercurial, entre otras razones porque para Monardes la unción mercurial no existe.

Sabe que muchos médicos meten monedas en los pucheros. Gran remedio. Pero que sólo es infalible para limpiar las monedas y para que se comunique la suciedad a los manjares.

Otra es su actitud cuando llega al capítulo de las piedras preciosas. Todas ellas poseen virtudes, y de todas ellas habla con vehemencia, si bien pudiéramos suponer que su fe se había perdido o amortiguado desde que escribió el panegírico del hierro.

"Toda piedra preciosa tiene la misma virtud contra el veneno, en especial el jacinto y las perlas, y mucho más la esmeralda, de la cual tomada nueve granos, resisten todo veneno... El unicornio verdadero es la cosa de mayor efecto que hemos visto y en que mayor experiencia se nalla."

El capítulo del ámbar gris es anecdótico y ameno. Después de contar cómo vió un pedazo, estando con Juan Gutiérrez Tello, caballero muy principal, dice que un pasajero de la Florida lo llevó a Sevilla. En aquella costa se
cogía, y los indios "se aprovechaban de ello en sus deleites y contentos, untándose con ello las caras y otras partes del cuerpo, por su buen olor. Lo cual, cierto, me admiró, en ver que en nuestras Indias Occidentales hubiese tan
excelente ámbar, y que nos lo haya descubierto el tiempo, y que haya venido de aquellas partes, no solamente
tanta riqueza de plata y oro, perlas y otras cosas preciosas, sino que ahora nos traigan tan excelente ámbar gris,
cosa tan estimada en el mundo, y que tanto se usa para
la salud del cuerpo y que tan necesaria sea para curar y
sanar con ella, tantas y tan diversas enfermedades, como
diremos, y cosa que para las delicias humanas y ornamento del hombre tanto sirve."

¿ Qué es el ámbar? Monardes niega que sea simiente de ballena, sólo por haberlo encontrado en una de ellas. Tampoco es fruto producido a la orilla del mar.

"Otras varias opiniones ha habido en este negocio, del conocimiento qué sea ámbar, que se deshacen y confutan con tener entendido que es género de bitumen que mana de fuentes que hay en lo profundo de la mar, en partes particulares della, como vemos que las hay de petróleo, de sulfur y de otras muchas cosas: como las hay en nuestras Indias Occidentales de otros diversos licores. La mejor ámbar es aquella que tira a colorado; la blanca no es tan buena, y la peor de todas es la negra.

"Tiene el ámbar grandes virtudes, y sirve en el mundo para muchas cosas, y así es cosa de mucho precio, que la buena vale hoy más que dos veces oro finísimo. Para el contento humano y para las delicias del mundo, sirve para muchas cosas: con ella se hacen polvillos, cuentas, pebetes, sahumerios, pastillas, cazoletas, aguas de ángeles y odoríferas, de diversas formas y maneras, y se hacen olios y licores de suavísimos y delectables olores. Sirve para los manjares, y para las bebidas, en diversas y varias formas, que sería relatarlas largo proceso.

"En la medicina es cosa grande su negocio, y lo mucho que aprovecha en nuestra medicina, porque ella entra en los más principales medicamentos que componen en las boticas, así como confecciones, polvos, píldoras, jarabes, galias, ungüentos, emplastos y otras muchas cosas que reciben grandes virtudes con ella. Y de su nombre se hace una confección que se llama diámnar. Sus virtudes en particular son grandes, y de grandes efectos, porque se curan con ella grandes y diversas enfermedades. Y esto los árabes nos lo enseñaron..."

Como su virtud es calentar, resolver y confortar, porque su complexión es caliente y seca, con alguna pinguosidad, que le da virtud de emolir y ablandar, puede calcularse lo que produciría. El frío de los nervies y el dolor de cerebro se quita aplicando un emplasto hecho de ámbar y alipta muscata. Para el corazón es infalible. En tiempo de peste, oliéndolo se precave el peligro. Vale contra otra epidemia: "detiene la vejez y la que hay conserva no vaya adelante". Para eso debía emplearse en las comidas y en los sahumerios de los vestidos y aposentos, y mezclada en el vino con que se laven el rostro. El decrépito se felicita de conocer este recurso. Si se quiere curar el corazón, tómase con alipta muscara y estoraque; para ventosidades melancólicas, le mezclan lináloe y almizcle; para mujeres que no paren por frialdad, se hace una confección en que entran dos partes de ámbar, una de raeduras de marfil, sutilmente molida, media parte de lináloe hecha polvos, y otra media parte de algalia.

El sulfur vivo entusiasmaba a los contemporaneos de

Monardes, pues "no en balde los alquimistas dicen que la materia del oro es el azogue y el sulphur: el azogue como materia y el sulphur como forma y agente. Y así, éste que yo vi—concluye—es como un pedazo de oro finísimo".

No debiera tenerle afición, porque Monardes, pacifista y antimilitarista declarado, ve en el sulphur "la materia principal de aquella diabólica invención de la pólvora, que de tantos males y daños ha sido causa".

Pero hasta esto se le perdona, porque sana la sarna, si se le desata con aceite rosado; tomándolo en un huevo, quita la cólica y el pasmo; sirve contra el dolor de ijada; es eficaz para la ictericia.

Precisamente para la ijada hay una piedra. Otra que se llama de sangre. Y hay otra para la madre.

La primera es la más extraordinaria y milagrosa. Su acción se muestra sin aplicación directa. Llevando la piedra como adorno, cura los dolores de ijadas, y si el enfermo tiene cálculos, arroja tal cantidad que se quita la joya para suspender esta prolongada operación.

"Yo la he visto llevar a personas muy apasionadas de grave dolor de ijada, y en poniéndosela, expeler las arenas y pedrezuelas, y quedar libres.

"Mi señora la Duquesa, como tuviese en breve tiempo dolores de ijada, hizo un brazalete dellas, y lo trae puesto al brazo, y después que se lo puso, nunca más dolor de ijada ha tenido, que ha más de diez años. Y así les ha acontecido a otros muchos, que han tenido el mismo provecho con ella..."

¿Esta piedra era el quetzalchalchihuitl? Monardes dice: "...es una piedra que la más fina dellas parece plasma de esmeraldas, que tira a verde, con un color lácteo. La más verde es la mejor. Tráenlas de diversas formas hechas, que así antiguamente las tenían los indios, unas como pescados, otras como cabezas de aves, otras como picos de papagayos, otras como cuentas redondas, pero todas horadadas, porque usaban los indios traerlas colgadas para efecto del dolor de ijada, o estómago, porque en estas dos enfermedades hace maravillosos efectos."

El padre Sahagún confirma en parte lo que dice Monardes, pues hablando de las piedras llamadas quetzalchalchihuitl, dice que las buenas de estas piedras "no tienen mancha ninguna, y son transparentes, muy verdes; las que no son tales tienen raya y manchas mezcladas. Lábranse estas piedras, unas redondas y ahujeradas, otras trianguladas, otras cortadas al sesgo y otras cuadradas." Los indios hacían con sus chalchihuites, lo que Avenzoar, el médico árabe sevillano de la Edad Media, que se curaba la disentería llevando una esmeralda sobre el vientre, y que, como Aecio, prescribía esta misma piedra, pulverizada, para flujos de sangre. Los aztecas enviaron a España con sus chalchihuites, sus piedras de sangre.

Estas piedras de sangre, se aplicaban para todo flujo: de nariz, de boca, de almorranas, de menstruos, de heridas...

"La piedra de sangre es género de jaspe de varios colores, algo obscuros, toda matizada de unas juntas coloradas, como sangre, de las cuales piedras hacen los indios unos corazones grandes y pequeños."

Los indios, y a su imitación los españoles, no sólo en Méjico, sino en la Península.

"Han de mojar la piedra en agua fría, y tomarla el enfermo con la mano derecha, y la tenga apretada en el puño, y de rato en rato mojarla en agua fría. Deste modo lo usan los indios, y deste mismo modo lo usamos

acá nosotros. Por cierto se tienen acerca de los indios, que tocando la misma piedra en la misma parte do corre la sangre, la restiñe. Y tienen en esto mucha confianza, porque se ha visto el efecto. Aprovecha asimismo teniéndola colgada o atada en la parte misma do corre la sangre, con que toque en la carne. Desta piedra hemos visto grandes efectos, en restañar la sangre. Algunos que padecen flujo de sangre hemorroidal se han remediado con hacer anillos de esta piedra, y traerlos puestos en el dedo a la continua. Y asimismo en flujo menstrual de mujeres."

La piedra para la madre procedía también de la Nueva España. Esa piedra, negra, lisa y pesada, se ponía en el vientre, donde quedaba fija, como si allí la pegaran. En cuanto sentían las señoras los ahogos de la pasión, ponían la piedra, y llevándola a la continua, nunca más les venía.

Las pasiones de madre se curaban con otro recurso mineral: el betumen de Cuba.

"Yo creo que esta es napta de los antiguos, de la cual dice Posidonio que hay dos fuentes en Babilonia, una blanca y otra negra."

La aplicación que hacían del betumen en pasiones de madre era según las manifestaciones: si la matriz se subía, el betumen se aplicaba a las narices; si bajaba, con una mecha volvía a su lugar.

Monardes, imparcialmente, declara:

"El crédito que doy a estas cosas es a la experiencia que dellas se tiene."

of the second and the best three beauty AND THE PROPERTY OF THE PARTY OF THE PARTY OF

CAPITULO XVII

De la piedra bezoar

Monardes tenía sobrados motivos para estar satisfecho, pues publicada la primera parte de su libro, los españoles de América empezaron a utilizar con más cono-



Médico y cirujano. (De un incunable impreso en Zaragoza en 1491.)

cimiento las plantas salutíferas y las otras sustancias que del Nuevo Mundo se habían enviado al Antiguo.

Y el libro de Monardes fué causa también para que aplicados a la observación, los habitantes de aquellos paí-

ses encontraran recursos terapéuticos desconocidos antes.

Tal fué el caso de la piedra bezoar, o bezaar, o bezaar, o bezaar, o bazar, que con todos estos nombres la encontramos.

Siendo tan famosas las piedras bezoares del Oriente, Monardes las empleaba, pidiéndolas a Lisboa, de donde se las llevaban, hasta que por la lectura de sus escritos, un conquistador peruano, Pedro de Osma y de Jara y Zeco, las encontró en sus correrías venatorias, a las que llevaba un espíritu de observación, que aun cuando muy de lejos, semejaba al de Dioscórides, soldado de Antonio, más inclinado a buscar animales, minerales y plantas que a los ejercicios de la guerra.

La palabra bezar se hace venir del persa, pazam, y esta voz del nombre de una variedad de cabras, pazam. Pero la etimología más aceptada es la del arábigo bazahr, correspondiente al persa padzahr. Esta palabra, según Pedro Teixeira, quiere decir tanto como antídoto, y propiamente reparo de ponzoña o veneno, pues se compone de zahar, nombre genérico de veneno, y pa, reparo. El conde Ficalho, de cuya autoridad científica y lexicográfica no puede dudarse, acepta la etimología de Teixeira, a la que dan su asentimiento Meninski, Littré y Yule.

La piedra bezoar no es una materia exclusivamente mineral, sino que participa de los tres reinos de la naturaleza, puesto que se forma en el organismo de ciertos rumiantes, y su composición está determinada por las virtudes propias de las plantas que les sirven de alimento.

Las mejores piedras bezoares de Asia eran las de las cabras bermejas criadas en las montañas de Persia, y las menos buenas procedían de cabras malaquesas.

La gran demanda y el alto precio del bezoar deter-

minaron una floreciente industria de falsificaciones, que se extendió después a las piedras llevadas de América.

Los compradores discretos sometían a prueba el bezoar, y los mercaderes se resistían a garantizar su artículo. Según Clusio, para saber si una piedra bezoar era buena, enhebraban una aguja, y después de pasar el hilo por verdegambre o hierba de ballestero, para envenenarlo, pinchando con la aguja la pierna de un perro, se dejaba allí el hilo, hasta que el animal presentaba todos los síntomas de la intoxicación. Entonces le administraban agua y raspadura de piedra bezoar, que si era legítima, producía los efectos deseados.

Otro modo de probar las piedras, empleado por los moros, consistía en soplar, pues si salía el aire, la piedra era falsificada, porque componiéndose la legítima de muchas capas concéntricas, como telas de cebolla, su compacidad acreditaba una formación por la misma naturaleza en el organismo del rumiante. Pero quedaba todavía otra cuestión interesantísima. Para que la piedra produjese los efectos buscados, era necesario conocer fijamente su procedencia. ¿ Venía de las montañas de Persia o de las llanuras de Malaca? Aun esto no bastaba, puesto que cuando por alguna causa el pasto perdía sus virtudes, la piedra no podía tenerlas. En la isla de las Vacas, entre Ceilán y la península indiana, había también buena piedra bezoar, pero sucedió que, a consecuencia de unos temporales que salaron los pastos, las piedras no tuvieron ya propiedades curativas hasta que volvió a purificarse el jugo de las plantas. Por eso decía Teixeira que "el pasto era la materia de las piedras".

Y por eso también Pero de Osma, el corresponsal peruano de Monardes, hablaba así en su carta, integramente publicada por el médico de Sevilla, refiriéndole cómo

había hallado piedra bezoar en los carneros de la tierra:

"A quince de junio deste año de mil y quinientos y sesenta y ocho, yo y otros caballeros amigos míos, fuimos a caza a las sierras, y estuvimos en la caza cinco días, y matamos algunos de aquellos animales que tengo dicho. Y como ibamos para este efecto, de pensar que eran los mismos de la India, llevamos el libro de Vuesa Merced. y abrimos uno de los que cazamos, el mayor y más viejo, y ni en el vientre, ni en ninguna parte dél hallamos piedras, ni otra cosa alguna, por do creímos que no eran aquellos animales como los de la India, pues no tenían piedras, y preguntamos a ciertos indios, que iban con nosotros para nuestro servicio, que do tenían aquellos animales las piedras, y como sean nuestros enemigos, que no querían que supiésemos sus secretos, dijeron que ellos no sabían nada de aquellas piedras, hasta que un muchacho que allí iba, indio, de edad de diez a doce años, viendo que deseábamos saber aquello, nos mostró el secreto del negocio, y nos mostro do tenía las piedras el animal que allí teníamos muerto, que estaban en cierta bolsilla que tiene el mismo buche, que es do las hierbas que pacen las tornan a rumiar, cuando están echados. Los indios quisieran alli matar al muchacho, por el aviso que había dado, porque los indios tienen aquellas piedras en mucho, y las ofrecen a sus guacas o adoratorios, do tienen sus ídolos, a los cuales ofrecen las cosas más preciosas que pueden haber, y así les ofrecen esas piedras, como cosa preciosa y de mucha estima, como ofrecen oro, y plata, y joyas preciosas, y animales, y niños. Después supimos que habían sacrificado al muchacho, que con la caza nos habíamos descuidado dél, y ellos se lo habían llevado por aquellas sierras, do nunca más lo vimos. Y es cosa de considerar que en todas las partes de las Indias no se han hallado estos animales, si no es en las sierras y montañas deste reino del Perú, que yo he andado todos los reinos de Méjico, y provincias e islas del Marañón, y por la Florida, y por muchas partes destas Indias Occidentales, y nunca he visto estos animales sino en estas sierras del Perú."

Si Pedro de Osma se refiere a las piedras bezoares de carneros, quizá tenga razón. Pero ya vimos que estas concreciones también se encuentran en el organismo de otros rumiantes. La Nueva España competía con el Perú en materia bezoaril, pues los cervatillos daban una piedra muy estimada por los farmacólogos. De ella nos habla el padre don José Acosta, colocándola en tercer lugar, después de la oriental, o persa—aunque él dice indiana—y de la del Perú:

"El primer grado de estima tienen las piedras bezoares, que se traen de la India Oriental, que son de color de aceituna; el segundo, las del Perú; el tercero, las de Nueva España."

El capitán Mange, en su Luz de tierra incógnita, habla de las piedras bozales, que crían los venados en las costas y parajes faltos de agua. Vargas Machuca, en su Noticia y descripciones de las Indias, llamándolas bezares, dice que las producen los venados que gozando a tiempo de la tierra caliente, van a morir en la templada. La concreción se causa de que los venados, después de sufrir la picadura de alguna culebra, toman una hierba para curarse. Otros daban distinta explicación. Los venados, para robustecerse, comen serpientes venenosas, y con el fin de evitar el daño, corren hacia un río, en cuya corriente se meten hasta los ojos, sin moverse ni abrir la boca, pues si beben, la muerte sobreviene al instante. Como la cabeza queda fuera del agua, mana de los ojos del animal

un licor que va concretándose, hasta tomar consistencia pétrea, y cuando adquiere el tamaño de una nuez, fácilmente se desprende.

Cárdenas no cree en "ese imaginario modo", ni en otros que él mismo cita, de bezoardistas delirantes, entre los que nunca figuraron Monardes y Orta, su colega lusoindiano.

Por curiosidad transcribe el pasaje de Cárdenas en que trata de

"... un error terrible, que no sólo la gente del vulgo, pero los muy graves autores tienen, acerca del modo con que la dicha piedra se engendra, diciendo que los venados, cervicabras y vicuñas (que son los animales en quien las bezaares se crían) salen por tiempo de muy caluroso estío, y metiéndose por las cuevas de ponzoñosos animales y sabandijas, son mordidos y emponzoñados dellas, y que en el mesmo punto que se sienten con las ansias de la ponzoña, se van a pacer el ditamo y otras salutíferas y medicinales yerbas, y con esto se meten en un fondo río o fuente, y estándose allí, gozándose de aquel gran refrigerio del agua, dicen que en aquel breve espacio, por orden maravilloso de naturaleza, se forja la piedra bezaar, así mediante la gran fuerza y fuego del veneno, como con la gran frialdad del agua, ayudando-como ellos dicena esto la influencia de los planetas, y aun la muy preciosa virtud de la contrahierba que pacieron..."

Cárdenas cree que la piedra se forma lentamente, y cita el caso de un cervatillo doméstico, que nunca había salido a los montes, y del que sacó piedra bezoar un indio cacique de la provincia de Pánuco.

Cárdenas explica las excelencias de las bezoares del Oriente, "por ser muy más salutíferas y medicinales las hierbas de aquellas felicísimas que las de por acá, ayudando también a esto que el ánima debe comunicar alguna fuerza o virtud a la mesma piedra, como vemos que
de unos animales, así terrestres como marítimos o volátiles, y así debe ser en esto de las bezaares, que deben
en efecto comunicar aquellas cervicabras de la India
Oriental, mucha más virtud a las bezaares, que las vicuñas, así como las vicuñas comunican más que los venados,
y los venados más que las vacas."

El color influía, porque la piedra aperlada era de fle-



Futuros médicos en la clase. (De un incunable impreso en Zaragoza en 1491

ma, y la verde sacaba su calidad excelente de la cólera. Si el animal daba el mejor de sus humores, se tendría piedra más fina cuando acertase a formar sus escamas sobre "salutíferas medicinales hierbas". Era, pues, un prodigio encontrar todo junto, y así "raras veces vemos hacer efecto las bezaares".

No opinaban de ese modo los que como Orta, Teixeira

y Osma estaban enterados de la distribución geográfica de los buenos pastos para animales productores de la fina piedra bezoar.

Pasando a las aplicaciones, mucho habría que decir, y si queremos ser breves más bien podríamos preguntar para qué enfermedades no se aplicaba, pues en unas era medicina y en otras un corroborante. Desde luego, nada se conocía que fuera tan seguro para el veneno como la piedra bezoar. El Monardes latinizado lo enseñaba: "omnia medicamenta venenis resistentia, bezaardica per excellentiam nuncupentur".

Monardes la recomendaba también para las personas enfermas por beber agua encharcada, infecta con animales ponzoñosos, para los atacados de fiebres pestilenciales, a quienes daba como consecuencia el tabardete, para personas con humor melancólico, para los leprosos y sarnosos, para los cuartanarios, que si no sanaban de ese mal, veían calmarse las congojas, las tristezas y la pasión del corazón.

La piedra bezoar era un gran preservativo y un ele mento rejuvenecedor del organismo.

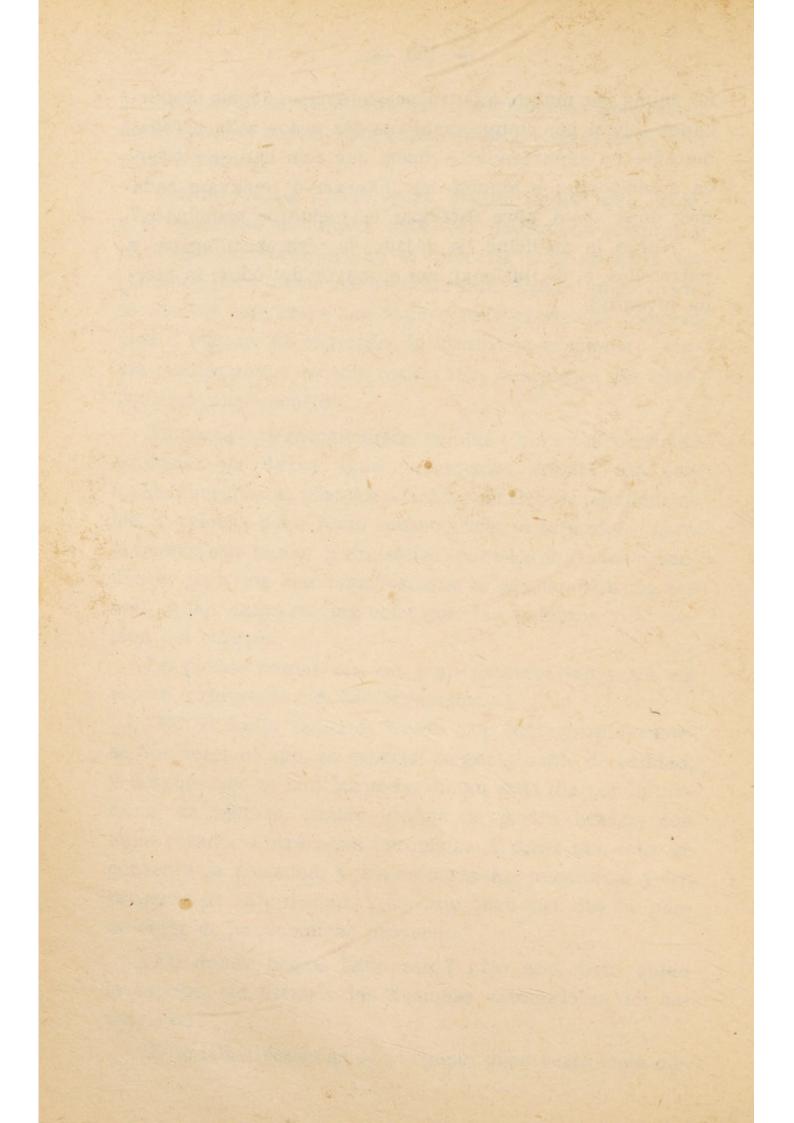
"En la India Oriental tienen por costumbre purgarse dos veces al año, en especial la gente noble de calidad,
y después que se han purgado, toman cada día por la mañana, en ayunas, cuatro granos de piedra bezaar, con
agua rosada, o otra agua apropiada. Y dicen que esto les
conserva la mocedad, y les esfuerza los miembros, y les
preserva de enfermedad. Y es muy buen uso, que no puede dejar de hacer mucho provecho."

¿En dónde hemos leído esto? ¿No será Orta quien lo escribe, sin atenuar las ilusiones voronofistas del bezoarismo?

"E todallas personas se purguam duas vezes cada an-

no, huma per março, e outra per setembro, depois de purgados toman por cinquo manhans dez graos cada manha, deitados en aguarosada; e dizem que com isto se conserva a mocidade; e algums me dixeram a tomavam cada mez duas vezes, para fortificar os membros principaes."

Nunca la medicina ha dejado de ofrecer milagros, y entre ellos, el de ilusionar con el mayor de todos: la eterna juventud.



CONCLUSION

No hay en la historia y hasta en la prehistoria nada tan antiguo como la inquietud con que se busca la materia preciosa, dotada de virtudes salutíferas: oro, ámbar, aljófar, marfil, esencia... Parece demostrado que los primeros movimientos migratorios humanos, tuvieron por causa necesidades pertenecientes al orden religioso, o si se quiere, menos materiales que las del sostenimiento de la vida. Los metales preciosos y las piedras finas ejercían un atractivo especial por supuestas propiedades mágicas. Se buscaba el agua de la fuente que restaura la juventud y prolonga la existencia. Probablemente hubo ignotos viajeros, como el que simula Mandeville, o hercúleos exploradores, como Ponce de León, entre los constructores que levantaron monumentos megalíticos, allí donde se labraron las primeras minas de oro y junto a las rutas abiertas para buscar el ámbar del mar Báltico o la madre-perla de los arcripiélagos del Océano Pacífico. Las conjeturas que sobre todo esto hacen Elliot Smith y Rivers no dejan de impresionar vivamente.

La emoción de aquellas peregrinaciones, reales o imaginarias, en demanda de los bienes maravillosos, nos domina cuando leemos en las *Querellas* del Rey Sabio:

A ti, Diego Pérez Sarmiento, leal cormano, e amigo, e firme vasallo. lo que a mis omes de cinta les callo, entiendo dezir, plañendo mi mal...

De las mis naves, mandé la mejor, y llegada al puerto de Alejandría, el físico astrólogo en ella supia, y a mí fué llegado cortés, con amor.

El que no vea en Monardes este físico astrólogo, no ve la parte humana y poética de la obra del médico sevillano. Hay que representárnoslo tal como le vieron Lope de Vega y el Inca Garcilaso en España, como le seguían en América el padre Acosta y Pedro de Osma, cuando llevaba el libro a sus excursiones cinegéticas. Debemos seguirle con la inteligencia, pero, sobre todo, con el corazón y con la fantasía.





PROXIMAMENTE:

- Isabel de Castilla, reina de Portugal, por Félix de Lianos y Torriglia, académico de la Historia.
- San Isidoro, por M. Ballesteros Gaibrois, profesor de la Universidad Central.
- Fray Juan de los Angeles, por J. D. Berrueta, catedratico.
- Pedro de Mendoza y la fundación de Buenos Aires, por H. Pérez de la Ossa, profesor secretario del Seminario de Estudios Americanistas en la Universidad Central.
- Los juristas españoles del siglo XVI, por Román Riaza, catedrático de la Universidad Central.
- El P. Mariana, por M. Ballesteros Gaibrois.
- La moral en los negocios, por José Corts, catedrático de la Universidad de Granada.
- Jaime I, por Lorenzo Riber.
- Por qué creemos en Dios, por Rafael de Castro doctoral de Granada.
- Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, y la conquista del Paraguay, por H. Pérez de la Ossa.
- La ley de Caridad, por el P. Crisógono de Jesús.
- España en los mares, por Julio Guillén, director del Museo Naval.
- Garcilaso de la Vega, por Luis Morales Oliver, profesor de la Universidad Central.
- Juliano el Apóstata, por Salvador Minguijón, catedrático.
- Las pasiones, por el P. Luis Urbano.
- Erasmo y el erasmismo en España, por el P. Félix García.



PEDIDOS

MADRID-ALFONSO XI. 4

APARTADO 466

